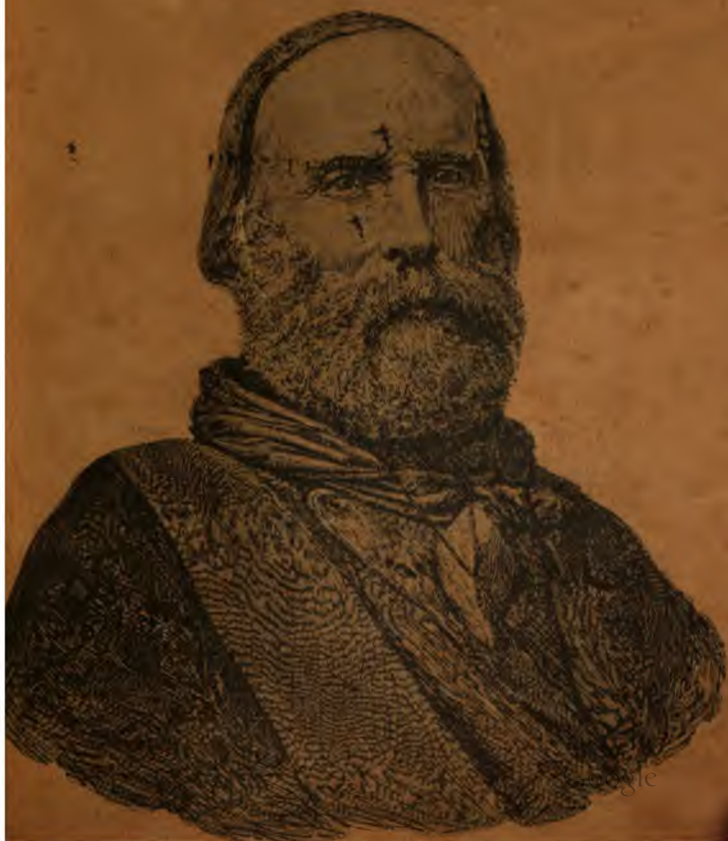
LA BANDERA

DE SAN ANTONIO



LA BANDERA DE SAN ANTONIO



José Garibaldi

EN LA ÉPOCA DE LA DEFENSA

Reproducción de una fotografía hecha por el antiguo establecimiento G. Renouleaut,
calle 25 de Mayo 117, y tomada de un daguerrotipo,
según opinión del fotógrafo señor Fillat

HÉCTOR VOLLO

LA BANDERA DE SAN ANTONIO

MONOGRAFÍA POLÉMICA
CON DOCUMENTOS INÉDITOS

PRÓLOGO POR

JOSÉ ENRIQUE RODÓ



MONTEVIDEO
DORNALECHE Y REYES, EDITORES
CALLE 18 DE JULIO, NÚMS. 77 Y 79
1904

Á LA MEMORIA DE JOSÉ RESSIA

DEGOLLADO EN SANTA LUCÍA EL 2 DE FEBRERO DE 1904

POR LOS INSURRECTOS SARAVISTAS

SIN OTRO MOTIVO

QUE EL DE APODARSE JOSÉ GARIBALDI

Á FIN DE QUE EL RECUERDO

DE LA POBRE VÍCTIMA

PERDURE BAJO LA ÉGIDA INMORTAL

DEL VENCEDOR DE SAN ANTONIO

PRÓLOGO

Un trabajo de investigación sobre la autenticidad de una reliquia histórica: reliquia de una historia que parece un mito; de un hombre que parece un numen.

¿Para contribuir, acaso, á reducir la leyenda á los términos de la realidad? ¿Para quitar á la primera parte de su hechizo? ¿Es la obra implacable del análisis que reivindica los fueros de la razón, pasado el poder fascinador de la leyenda?

No; la crítica que se hace en estas páginas se concreta á la realidad del objeto material. La substancia del glorioso episodio queda intacta.

Intacta é inconmovible, la leyenda garibaldina, en que está engarzado, como una piedra fulgurante, ese episodio, desafía los embates de la negación y de la duda. Afortunado caso, en el que la investigación, trocando su oficioso papel propicio al desencanto, no hace sino confirmar y acrisolar las maravillas de la realidad, transfigurada esta vez, no por resplandores ajenos, sino por su luz propia é infusa.

Cuando el héroe legendario, dominador de la imaginación popular, se pierde en la esfumada vaguedad de remotos tiempos, este maligno crítico que se complace, dentro de cada uno de nosotros, en destejer la tela de nuestra fe y nuestro entusiasmo, nos argumenta con la idealización de la realidad en la mente candorosa del pueblo; con la obra lenta é instintiva que libra al personaje real de las escorias de lo insignificante y de las sombras de lo impuro, y lo levanta á la esfera de lo ideal y semi-divino, como en las alas que nacen con la transfiguración de la larva en mariposa. —De esta manera el Cid de la leyenda se convierte, por la impiedad del análisis, en el caudillo que lidiaba por su yantar; quizá cruel y perjuro; quizá aliado alternativamente de moros y cristianos. Aquiles, el de los pies ligeros, no es sino el reyezuelo semi-bárbaro que arrastra el cadáver del vencido Héctor é injuria soezmente á Agamenón. Guillermo Tell tal vez no existió nunca.

Pero en el héroe de la Italia nueva la legendaria realidad triunfa de la contradicción por su proximidad en el tiempo y la lucidez de una vida franqueada, de uno al otro extremo, á las miradas pertinaces.

Son la verdad y la leyenda que concurren en un mismo punto; es la leyenda que aparece delante de nosotros, viva, cortando la realidad como un claro que se abre entre dos rocas, en la travesía de la montaña, sobre el cielo luminoso é inmenso; es la alucinación dotada de la consistencia del bronce, del latido y el calor de las entrañas humanas, verificable por la experiencia de todos, á plena luz del mediodía.

¡Admirable leyenda real! una de las últimas y más radiantes apariciones de *lo heroico* en la historia. Nos asombra aún más, en el tiempo en que vivimos, por lo que se aparta y disuena de las condiciones de la realidad circunstante. El pasado siglo, que empezó entre los fuegos de la epopeya napoleónica, es rico de esos formidables nombres en que Carlyle y Émerson cifraron su filosofía de la historia. El nuestro empieza como en un vago estupor, como en una fría reserva: apáganse los luminares que orientaron la marcha de otras generaciones, y no se ve encenderse los que los sustituyan. ¿Está cercano el día en que podamos decir con más exactitud que Rémusat: «Nuestro tiempo carece de grandes hombres»?

Así como sobre la tumba de Hugo pudo inscribirse: «Aquí yace el último Poeta», si este nombre de *poeta* ha de tomarse en sentido homérico ó dantesco: de algo hierofántico, épico, secular, así sobre la tumba del libertador de Italia yo inscribiría: «Aquí yace el último Héroe.» Pero entiéndase la acepción que yo doy á tal palabra. Mi concepto del *Héroe* no se identifica con el de hombre superior por su voluntad y su brazo; no porque exprese siempre, dentro de este género, una mayor intensidad y grandeza, sino en razón de una *calidad* distinta. El *Héroe* es, para mí, el «iluminado» de la acción. La acción heroica es la que toma su impulso en aquellos abismos insondables del alma, de donde vinieron el demonio de Sócrates, la convulsión de la sibila, la visión del extático; en donde se engendra todo lo que obra de un modo superior á la razón:

la palabra que avasalla, el gesto que electriza, el golpe que abate ó levanta por instantánea y portentosa fuerza. Bolívar es *Héroe;* San Martín no es *Héroe.* San Martín es grande hombre, gran soldado, gran capitán, ilustre y hermosísima figura. Pero no es *Héroe.* Falta para que lo sea, á su alrededor, la aureola deslumbradora, el relámpago, la vibración magnética, el misterioso soplo que, ya se le tome en sentido sobrenatural, ya en sentido puramente humano, pero instintivo é inconsciente, es, de todas maneras, algo que viene de lo *desconocido.*

Garibaldi: tipo de héroes; personificación, la más cumplida y fiel, del *quid* heroico.

Después que pasa nuestro entusiasmo de los quince años por las *teatralidades* de la acción y las garrulerías de la libertad vociferante y callejera, ¡cuántos ídolos de barro vemos caer de los altares de nuestra devoción! ¡cuántas glorias efímeras pierden la fuerza con que nos atrajeron y el brillo con que nos deslumbraron! La solidez del fondo heroico se reconoce en que el hechizo del héroe y su leyenda sobrevive, fuera de nosotros, á los acontecimientos en cuya esfera se circunscribieron; y dentro de nosotros, á la obra del Tiempo, que nos alivia el alma de ese sobrante de entusiasmo que, no encontrando objeto propio, lo crea fuera de la realidad; el Tiempo, que nos enseña á separar el oro de la alquimia. Así, si dejáis á la intemperie la imagen vestida de trapos de colores y ornada de abalorios, pronto el viento y la lluvia la desnudarán, y bajo las galas destrozadas descubrirán un pedazo de madera. Pero la estatua de desnudo y firme mármol mantiene im-

perturbable, al aire libre, su gesto augusto; el sol la bruñe, el agua del cielo la lava, y después de cada tempestad la estatua aparece más resplandeciente y más hermosa.

Tal pasa con la épica figura del más universal de los modernos héroes. Á pesar del abuso de su efigie y su nombre en litografías coloreadas y en invocaciones liberalescas á lo Homais, entero y fascinante dura su prestigio. Yo lo comparo con la virtud de esa sublime «Marsellesa», que, profanada de mil maneras por la vulgaridad, torturada en las músicas de los festejos, humillada en el cieno de las calles, guarda intacta la frescura de su estupenda melodía, y aún nos estremece, y nos levanta, y nos arranca lágrimas, como cuando surgió de la copa de burdeos de Rouget de Lisle para inflamar al mundo en la embriaguez de la libertad y de la gloria.

Pero además del Garibaldi universal; de aquel que está tan alto que de todas partes se divisa su sombra veneranda, erguida, como un genio benéfico, sobre la esperanza de los oprimidos y el miedo de los opresores, hay el que los hijos de esta parte de América conocemos y sentimos; el evocado gloriosamente en nuestra memoria por el nombre de este opúsculo; el Garibaldi conciudadano nuestro y general de nuestro ejército; el soldado de la inmortal Defensa; el que peleó contra Rozas; aquel á quien recordamos como á un gran viejo de la casa y nombramos con orgullo.

Yo nunca fuí *chauvinista*. No ha mucho tuve ocasión de indignarme, á solas, leyendo la noticia de que un gran diario parisiense había propuesto á los

más altos y escogidos espíritus de Francia una *enquête* formulada en estos términos: *Entre la humanidad y la patria ¿á cuál de las dos preferís?* Me indignaba por el solo hecho de que se hubiera propuesto la cuestión. Me parecía increíble que, en el centro del mundo, en la capital del orbe civilizado, pudieran aún plantearse, dirigiéndose á los grandes espíritus, problemas de esa especie. Pasados pocos días leí la crónica de una entrevista de Tolstoy con un periodista que fué á verle para saber lo que pensaba de la guerra de Oriente. El gran anti-patriota, después de maldecir los odios y egoísmos nacionales que hacen posible la ignominia de la guerra, confesaba que, á pesar de sus esfuerzos, no lograba arrancar, del todo, de su espíritu, el sentimiento que le llevaba á considerar, dentro de la humanidad, á su tierra y su pueblo como cosas *suyas*. Y esto me sirvió después de justificación, de defensa de mí mismo, ante aquella odiosa parte de nuestro ser que, según Benjamín Constant, hace de espectadora de la otra; porque un día tomé de mi biblioteca las « Memorias » de Garibaldi, y al llegar á cierta página me « descubrí » experimentando ese cosquilleo de la espina dorsal y ese relámpago que pasa debajo de la frente, — cosas que todos habréis experimentado, leyendo, alguna vez, — cuando leí de nuevo lo que el Héroe decía de la ciudad en que yo nací.... ¿Alcanzará algún día nuestro humanitarismo á suprimir estas *vejeces*, estas *preocupaciones*, estos estigmas *atávicos* de nuestra naturaleza?... — Glorifiquemos en buen hora, y ante todo, al Garibaldi de la humanidad; pero comprendamos que los

que ven en el héroe la personificación de su Italia resucitada y redimida, se extasíen ante esta faz de su gloria; y déjeseme á mí entusiasmarme con el Garibaldi que vistió á la usanza del gaúcho!

Una vez que se me encomendó redactar una convocatoria con objeto de que el pueblo de Montevideo adhiriese á la conmemoración anual de la unidad italiana, recordé, no sólo lo que Garibaldi representaba para ese pueblo, sino lo que él había representado para Garibaldi. Recordé que con tal conmemoración se glorificaba la memoria del que, hablando con orgullo del compañerismo que le unió á los nuestros, llamó al Montevideo de la Defensa «*la ciudad de los milagros*», «*asombro y admiración del mundo*»; del que afirmó que su resistencia heroica «*serviría de norte en las generaciones venideras á todos los pueblos que no quisieran rendirse á la voluntad de los poderosos*», y del que dirigiéndose á la juventud italiana, en días de incertidumbre, cuando aún faltaba terminar la obra emancipadora, instábala á inspirarse en la enseñanza y el ejemplo del pueblo oriental, «*en su valor sublime*», para saber al precio de qué sacrificios sobrehumanos conquistan los pueblos dignos de mejorar de suerte los bienes de la libertad.

Y partiendo de esta indeleble impresión que la grandeza guerrera y moral de la Defensa dejó, como un sello de fuego, en el espíritu del Héroe, y teniendo en cuenta, además, la inmensa parte que á su prestigio personalísimo hay que atribuir en los sucesos preparatorios de la unidad y la libertad italianas, agregué que no se forzaría el alcance de las relaciones

históricas si se afirmara que hubo influencias de la Defensa de Montevideo en el movimiento liberal de 1848, que hizo levantarse á Italia de su tumba; que hubo recuerdos de la Defensa de Montevideo en cada página de la leyenda garibaldina y en las abnegaciones espartanas de Caprera; que hubo plomo de la Defensa de Montevideo en los fuegos de los mil de Marsala, en la campaña homérica de las Sicilias, en Volturno, en Aspromonte, en Mentana; en todo lo que abrió camino al episodio que consagró definitivamente la realidad de la utopía secular, con la reivindicación de Roma intangible para la Italia una.

Gracias sean dadas al libro que nos da oportunidad de remover tan gloriosísimos recuerdos; ó mejor, sin traslación retórica, gracias sean dadas al autor de ese libro. Bien está *la bandera de San Antonio* (aquella que existió sin duda: la de tela inmaterial é invisibles colores) en manos del que la sustenta en las páginas que van á leerse.

Es seguramente Héctor Vollo uno de los espíritus más cultos y mejor dotados entre aquellos con que su país ha contribuido á las fuerzas activas de nuestra sociedad, en lo que se refiere á la labor del pensamiento. Por el entusiasmo de sus convicciones liberales y la pasión generosa con que adhiere á cuanto signifique adelanto, cultura, mejora moral ó material, es un valioso obrero de toda noble propaganda. Consagra además á esta su segunda patria hondo y sincero afecto: afecto en que intervienen, sin duda, no sólo los vínculos formados en la larga y amigable estadía, sino también un sentimiento que

debe estar, que acaso está, en el corazón de todos los liberales italianos: un sentimiento de cariñosa predilección por el pueblo donde el Héroe recogió tan altos ejemplos, y los pagó con tantos heroísmos, y dejó escritas las más bellas páginas de cuantas trazó fuera de su patria *concreta*.

Ha encauzado Vollo su actividad en la única forma que el ejercicio de la pluma tiene de profesional en nuestro ambiente: el diario. Más de uno de los nuestros guarda en sus columnas la huella de su producción, abundante, ágil, fácil siempre de reconocer, aunque el anónimo ó el pseudónimo oculten su origen. No importa que esta producción sea aquella que concibe la mente mièntras hay que hacer *trotar la pluma*, usando un decir de Mad. de Sévigné. Con frecuencia en Vollo el periodista deja paso, sin quererlo, quizá sin saberlo, al hombre de real preparación y al escritor de forma artística, Hace lo que suele hacer el transeunte en su Venecia; que—como las casas de la ciudad tienen indistintamente acceso por tierra y por agua, por la calle y por el canal,—para donde quiera que el transeunte vaya y en el momento en que quiera, puede tomar, en el canal cercano, la góndola, y continuar romancescamente embarcado su camino, que empezó vulgarmente á pie.—Vollo, á mitad de un artículo de ocasión, de una crónica efímera, de una reseña trivial por su objeto, toma de improviso su góndola y concluye en disertación espiritual y primorosa literatura el tema que empezó en prosa pedestre.

¿Cómo es que este verdadero escritor; este «iniciado» de la escogida minoría á quien fueron conce-

didas las gracias del estilo; este temperamento de artista y de estudioso, no se ha arrimado al yunque y ha cuidado de dar plena razón de su valer, en obras que vivan? Culpad de ello á muchas causas. Quizá á su natural modestia. Quizá á esa *non curanza* de la notoriedad y de la fama, que es una de las influencias con que el ambiente poco propicio á cosas de arte embarga al espíritu que en él se sumerge, á la manera como la perspectiva desolante del desierto lleva en sí el germen del fatalismo musulmán. Pero atribuid la mayor responsabilidad á la labor en que el diario le ha tenido *secuestrado* y sometido á la necesidad de ganar el pan de cada día, si no con el sudor de su frente, con el sudor negro de la pluma... ¡Ah periodismo, periodismo! ¡de cuántos secuestros de esa especie tendrías que dar cuenta si se te llamara á juicio ante el tribunal donde se examinaran, para distribuir responsabilidades y penas, las vocaciones perdidas y las aptitudes malogradas!

Pero no se perderán ni malograrán la vocación y las facultades de Vollo. Desde luego, éste es un libro que lo comprueba. No aparece en él plenamente la faz del estilista, pero aparece sí la del investigador concienzudo, y (lo que vale más que la aptitud investigadora) aparece también el sentido crítico que realza y fecunda los resultados de la investigación. Quien sin prejuicio lea este trabajo, no podrá menos de considerar definitivamente resuelto el interesante punto sobre que versa.

La obra futura sobre GARIBALDI, que Vollo prepara con amor y dedicación dignos de ese magno

tema, manifestará de cuerpo entero su personalidad literaria, y será un título más que le vinculará á la ciudad de que es ciudadano, más que huésped.

Hemos decretado á Garibaldi una estatua. Pero para completar el homenaje que la ciudad de la Defensa, la ciudad de Suárez y Pacheco, debía al general de sus tiempos heroicos; al que le dió una Legión, levantando sobre ella, porque la Italia estaba muerta, una enseña de luto; al que venció en San Antonio; al que peleó en Europa con el *poncho* oriental y la camiseta de los Legionarios, — era preciso que un libro sobre Garibaldi se escribiese en Montevideo.

Se escribirá ese libro, y será la extensa leyenda de la estatua de mármol.

Cuando murió Horacio Greely, los publicistas norteamericanos resolvieron erigirle una estatua; y desechando el mármol y el bronce, determinaron que ella fuera de plomo y que, para fundirla, cada diario de Nueva York contribuyese con tipos de su imprenta. — Funda el autor de este opúsculo la estatua de su Héroe, de nuestro Héroe, en el mismo noble material.

José Enrique Rodó.

Montevideo, 21 de Julio de 1904.

AVANT-PROPOS

Dos consideraciones de orden distinto me inducen á coleccionar en estas páginas los artículos que, acerca de la bandera de San Antonio, acabo de publicar en *El Día* del 25, 26, 28 y 30 de Junio último y 1, 4, 5, 8, 9, 13, 16 y 20 del corriente: la de que conceptúo de mi deber exhibir el facsímile de los documentos fundamentales en que baso mis conclusiones, y la de que quizás convenga dar á dichos documentos y á los comentarios respectivos ubicación de conjunto y un tanto más estable que la fragmentaria y efímera de la hoja periodística.

Tal explicación elimina implícitamente todo móvil de lucro; de ahí que el producto líquido de este folleto se destine al fondo para el monumento á Garibaldi en Montevideo.

Y, en cuanto á la dedicatoria, la información completa y detallada del crimen, al cual ella se refiere, puede verse en *L'Italia al Plata* del 18, 21, 24 y 26 de Febrero próximo pasado.

Sin embargo, para los lectores que se hallen en la

imposibilidad de procurarse tales números del diario italiano, reproduzco los pasajes principales de la información mencionada.

Helos aquí:

«El 2 de Febrero, inmediatamente después de la acción de Fray Marcos, la división nacionalista mandada por Basilio Muñoz (hijo) entró en Santa Lucía.—En medio de la caballería, maniatado y guardado á vista, iba un joven rubio, de barba entera y corta.—Su aspecto civilizado contrastaba con el de los soldados.

«Muchas personas interrogaron á los soldados nacionalistas acerca de ese individuo y el por qué lo llevaban maniatado.—Y los soldados contestaban:—Es un italiano, un gringo que quería matar á Saravia. Lo llevamos al degüello.

«Á nadie, en Santa Lucía, las tropas nacionalistas ocultaron su malvado propósito.—Y para cohonestarlo y darle una especie de forma de sentencia marcial, añadían que el joven prisionero había confesado, en Fray Marcos, su designio de matar á Saravia, y que á la declaración asistía también el coronel Cándido Acuña.

«Agregaban, además, que encima del joven había sido hallado un cheque de 2.000 pesos.—Ese cheque, según las tropas, se lo había dado el gobierno al desconocido, como recompensa de lo que debía efectuar.

«Las tropas nacionalistas, atravesando Santa Lucía, fueron á campar en los terrenos de los señores Hita y Echagüe, departamento de San José.

«El 4 de Febrero por la mañana levantaron campamento, y entonces algunos campesinos dieron cuenta al juez de paz de Santa Lucía, señor Isidro Canosa, de que los nacionalistas habían dejado un cadáver, acribillado de heridas y con la cabeza cortada.—El juez Canosa concurrió inmediatamente al paraje, invitando á serle compañeros en

la macabra tarea al párroco de Santa Lucía, don Eustaquio Sánchez, y á los señores Florencio García, Donato Larraya, Joaquín E. Moré, José Camelo, Dionisio y Ambrosio Hernández y Martín Alonso.

«Llegados al punto indicado, se presentó á su mirada un horrible espectáculo.—Un cadáver, tendido boca arriba, completamente desnudo, con varias heridas de cuchillo en el pecho, con una ancha herida de facón que le atravesaba de un costado á otro, cubierto de equimosis, con la cabeza cortada y un balazo detrás de la oreja izquierda, yacía en el suelo.

«El juez de paz levantó el cadáver, lo encerró en un cajón y lo trasladó á Santa Lucía, sepultándolo en el cementerio de aquel pueblo.—El aspecto del infeliz era el de un joven decente, de una treintena de años de edad.—Rubio, de ojos azules, tenía el cutis blanquísimo. Sus manos eran finas y cuidadas.—En el anular izquierdo se veía la huella de un anillo.

«Como los nacionalistas que conducían al desgraciado joven decían que éste había confesado el propósito de dar muerte á Saravia y que á tal declaración había estado presente el coronel Cándido Acuña, hemos querido aclarar el punto interrogando al respecto al propio coronel.

«Apenas le expusimos el motivo de nuestra visita, el coronel Acuña exclamó:

«—¡Ah! ese pobre José Garibaldi....

«—¿José Garibaldi?

«—Sí, señor. Ese joven italiano, á quien los revolucionarios han asesinado en Santa Lucía, llevaba justamente el nombre y apellido de vuestro gran hombre, que tan denodadamente combatió también por nuestra tierra.

«—¿Y lo conocía usted, coronel, á ese infeliz?

«—Lo conocía perfectamente, y le diré cómo. Yo soy vicepresidente de la Junta de Guadalupe, y en tal carácter vigilaba las obras de un camino que se estaba cons-

truyendo. Entre los obreros que trabajaban en ellas figuraba justamente Garibaldi en calidad de capataz.—Era un excelente joven, incapaz no sólo de cometer una mala acción, sino tampoco de pensarla.

«—¿Y cree usted que Garibaldi haya declarado que quería matar á Saravia?

«—No lo creo de ningún modo, porque, repito, era de índole apacible é incapaz de semejantes cosas.

«—Sin embargo, coronel, los revolucionarios decían que Garibaldi no sólo lo había declarado abiertamente, sino que también usted se halló presente durante los días en que estuvo prisionero en el campamento de los revolucionarios.

«—Es falso. Cuando yo monté á caballo para acudir á la defensa de las instituciones, las obras mencionadas quedaron suspendidas y Garibaldi se fué á Guadalupe. Desde entonces no lo ví más, y creo que lo tomaron en otro paraje, lejos del campamento donde yo me hallaba prisionero.—El por qué lo hayan tan bárbaramente ultimado no sabría decirlo, pero, usted comprenderá, ese nombre de José Garibaldi puede haber bastado para enfurecer los ánimos de los que lo habían hecho prisionero.»

L'Italia al Plata del 18 de Febrero.

«Garibaldi era conocidísimo y querido en Las Piedras por italianos y orientales, que tuvieron oportunidad de apreciar sus óptimas cualidades de alma y de corazón durante un período de tres meses, el año pasado. Trabajaba entonces por cuenta de aquella Junta Auxiliar en la construcción de un nuevo trozo carretero, bajo la dirección del ingeniero de obras municipales en Canelones, señor Pedro Magnou.

«Garibaldi en esas obras demostró toda su perfecta capacidad, unida á una inteligencia pronta y despejada y á una conducta siempre ejemplarmente correcta. De modo

que el ingeniero Magnou le tomó cariño y en Diciembre pasado lo mandó al pueblito de Migues como capataz en las obras para el arreglo de aquel camino. Y también en tales trabajos supo captarse la estima y la consideración de los superiores y de los compañeros.

«En la época en que fué construída la carretera del Paso de Mendoza, Garibaldi obtuvo de la empresa una gran parte de las obras por su cuenta, haciendo trabajar en ellas, bajo su dirección, á algunas decenas de obreros. Pero, antes de que las obras fueran concluídas, la empresa se declaró en quiebra, adeudando á Garibaldi tres mil pesos. —Éste tuvo que contentarse con una parte de los útiles del trabajo y con un vale de dos mil pesos.

«Dicho vale es el que los revolucionarios le encontraron. Él lo llevaba siempre consigo, en la esperanza de que algún día lograría hacerlo valer ante la empresa deudora.

«Acerca de la autenticidad de ese vale podemos dar las más amplias seguridades, porque varias personas insospechables nos garanten habérselo visto más de una vez.

«Queda así desautorizado el infame chisme de que el pobre José Garibaldi tuviera el propósito de dar muerte á Aparicio Saravia y que en recompensa hubiese recibido del gobierno el famoso vale.»

L'Italia al Plata del 21 de Febrero.

«El pobre degollado no se llamaba José Garibaldi. Este nombre glorioso le había sido puesto por los amigos. Reconocían en aquel joven tanta lealtad de carácter, tanta afectuosidad de alma y tanta liberalidad que, en virtud del proceso de síntesis — tan genial en el pueblo — lo denominaron Garibaldi. — Su verdadero apellido no lo hemos podido todavía averiguar.

«Garibaldi había nacido en Castel Ceriolo, circunscripción de Spinetta, provincia de Alejandría. — Vino á Mon-

tevideo quizás en 1884, quizás en 1885. — En 1888 trabajó en el Barrio Reus, bajo la dirección del ingeniero Juan Illa y del constructor Facelli. — En 1889-90 trabajó en las carreteras de Goes y de Corrales con los ingenieros Illa y Pedro Gianelli.

«En 1890 se casó con una italiana, y de su matrimonio tuvo dos hijos.

«Declarada en quiebra en Noviembre de dicho año la empresa, le fué entregado por ésta el vale de 2.000 pesos que los nacionalistas dicen embusteramente que era el precio de la vida de Saravia. — Ese vale debe de llevar la fecha del 22 ó del 24 de Noviembre de 1890.

«Al finalizar el 1891, Garibaldi se fué á Italia. En la travesía se le murió un hijo, luego en el pueblo nativo perdió á la mujer y al otro niño. — Anonadado por tamaña desgracia, Garibaldi volvió á Montevideo y reanudó su trabajo.

«Todas las personas que hemos interrogado están contestes en afirmar que la pobre víctima era un trabajador modelo, fuerte, bondadoso, pronto á socorrer á los compañeros. — La impresión general se puede resumir así:

«Las hordas revolucionarias han querido degollar á *José Garibaldi.*»

L'Italia al Plata del 24 de Febrero.

«Continuando nuestra investigación acerca de la feroz muerte dada á nuestro pobre connacional conocido bajo el nombre de José Garibaldi, hemos logrado averiguar y documentar estas otras noticias que complementan las dadas por nosotros anteriormente.

«El pobre degollado se llamaba José Ressia.

«Ressia, el 19 de Enero pasado, trabajaba en el camino que pone la Cuchilla de Verde en comunicación con el Paso de Vidal. Trabajaba en aquella carretera á órdenes del ingeniero Pedro Magnou, jefe de la Sección técnica núm. 5 de la Junta E. Administrativa de Canelones.

«A las 4 de la mañana de dicho día pasaron por aquel punto las tropas nacionalistas. Un grupo de éstas se aproximó á Ressia y le preguntó:

« — ¿Es usted un gringo?

« — Soy italiano, contestó el trabajador.

« — ¿Y cómo se llama usted?

« — José Garibaldi, dijo francamente Ressia, recordando su querido apodo.

«Á esta contestación, el infeliz fué preso y puesto, boca abajo y atravesado, en el lomo de un caballo. Un gaucho se le subió encima y espoleó el caballo.

«Lo que ocurrió después es sabido.»

L'Italia al Plata del 26 de Febreró.

Montevideo, 22 de Julio de 1904.

HÉCTOR VOLLO.



Campo del combate de San Antonio

Vista fotográfica tomada bajo la dirección del señor Juan Leone, superviviente de la gloriosa jornada. En el punto donde está situado el señor Leone se encontraba la tapera de don Venancio

LA BANDERA DE SAN ANTONIO

I

La carta del General Esteban Canzio, resumida en un telegrama procedente de Génova (1), y las publicaciones que acaban de hacer los señores Setembrino E. Pereda (2) y Pedro Viglione (3), vuel-

(1) *Génova, Junio 21.* — El General Esteban Canzio, al saber que en las fiestas inaugurales del monumento de Garibaldi en Buenos Aires figuró una bandera de la legión garibaldina de San Antonio, dirigió una carta rogando se transmitiera la rectificación de que la verdadera bandera de la legendaria batalla de San Antonio, Garibaldi la trajo á Italia en 1848, cuando regresó con los mejores legionarios. El guardián de la bandera era Sacchi, que había sido siempre el abanderado durante el sitio de Montevideo, hasta que fué herido en San Antonio. Luego fué religiosamente conservada en Caprera.

El mismo General Garibaldi me la confió más tarde, agrega el General Canzio en su carta, y yo la encerré en un cuadro junto con una carta del General, que dice:

«Éstos son los restos gloriosos de la gloriosísima bandera de Montevideo.»

Es indudable que la bandera conservada en Montevideo y aparecida ayer en Buenos Aires, será la que Olivieri ó Susini mandaron hacer sobre el modelo de la primitiva, cuando asumieron el mando de la Legión.

Esto desearía que se hiciera conocer al valiente y hospitalario pueblo argentino.

(2) *El Siglo*, del 23 de Junio.

(3) *El Día*, del 23 de Junio.

ven á poner en el tapete de la discusión una vieja controversia que sostuve en Enero de 1896 desde las columnas de *El Siglo*, bajo el pseudónimo de *Un italiano:* la de si la bandera que posee el «Círculo Legionarios Garibaldinos» tremoló ó no en el combate de San Antonio el 8 de Febrero de 1846.

Días pasados, al leer el reciente folleto del mismo señor Pereda, titulado «Los extranjeros en la Guerra Grande», me encontré, no sin experimentar alguna extrañeza, con un capítulo en el cual se compendia, en forma absolutamente unilateral, aquella controversia y se le pone el sello de los dos parrafitos siguientes:

«Nuestro ilustrado contrincante concluyó prometiendo recurrir al testimonio del coronel Susini, último jefe de la Legión, pero han transcurrido ocho años, y ésta es la hora en que todavía ignoramos si dió su parecer sobre el particular. *Un italiano*, obrando con lealtad, ha debido confesar su error.»

Digo que experimenté alguna extrañeza, porque no me parece la quinta esencia de la corrección trasladar, de semejante manera, una efímera polémica periodística—sostenida por mí al correr de la pluma, desde la oficina de redacción y sin tener á mano ningún libro de consulta—al marco permanente de un libro.

Sin embargo, dejé pasar la cosa, reservándome el derecho de replicar oportunamente en igualdad de condiciones, ó sea en la obrita que estoy escribiendo acerca de la actuación de Garibaldi en la República Oriental, y que, si Dios quiere, publicaré en Italia.

Pero el anuncio de que mi buen amigo Arturo

Pozzilli (1) ha sido encargado por algunos compatriotas residentes en Montevideo de levantar una especie de *enquête* acerca de la autenticidad de esa bandera, me obliga á salirme de mis casillas, á fin de que se tomen en la debida cuenta algunos importantes elementos de criterio que obran en mi poder.

No tengo ni tiempo ni motivo para revolver la colección de *El Siglo* de 1896 y reconstruir los términos exactos de la controversia primitiva, tanto más que ahora dispongo de copiosos datos, en su mayor parte inéditos, reunidos pacientemente merced á un cuidadoso estudio de la época y gracias á la generosidad con que los poseedores de documentos, relativos á la epopeya garibaldina en este país, pusieron á mi disposición, como detallaré más adelante, tales preciosas fuentes históricas.

Sólo diré, para no dejar en pie los dos cargos que, á la distancia de ocho años, me dirige el señor Pereda, que *Un italiano*, justamente obrando con lealtad, no puede ni debe confesar un error de cuya efectividad está muy lejos de hallarse convencido, y que el no haber yo apelado entonces al testimonio del coronel Susini, reconoció por causa una grave neurastenia, la cual, después de mermar considerablemente mi laboriosidad periodística, concluyó por obligarme á interrumpir todo trabajo intelectual.

Sin embargo, mi amigo Pozzilli, para mejor asesorarse en su *enquête*, podrá hojear, quizás con algún provecho, la mencionada colección de *El Siglo*, en la que, si no estoy trascordado, debe figurar

(1) Director de *L'Italia al Plata* de Montevideo.

una referencia del ex legionario y actual comandante Manuel Echevarría, la cual asigna á la bandera en cuestión procedencia bien distinta de la que le atribuye el señor Pereda.

Pero, antes de continuar mi exposición, necesito dar rienda suelta á un impulso de natural delicadeza, agotando de inmediato lo que podría denominarse cuestión previa.

Cuando emprendí las investigaciones que debían proporcionarme el material para mi libro, yo llevaba en mi alma una entusiasta admiración por la pura y grandiosa figura de Garibaldi y por sus valerosos legionarios, y, á medida que adelanté en mi trabajo, esa admiración fué adquiriendo el marcado perfil de una veneración casi religiosa.

No creo, pues, que nadie me supere en tributar á las vivientes reliquias del combate de San Antonio el cariñoso respeto que se merecen, ni que nadie pueda, en análoga situación, sentir mayor pesar que yo al tener que contradecir á algunas de sus afirmaciones relativas á este asunto de la bandera.

Sólo el amor por la verdad histórica me induce á asumir una actitud tan violenta para mis afecciones, y es excusado agregar que ni un solo instante he dudado de la perfecta sinceridad del querido señor Viglione y de sus compañeros, en el testimonio que da base á las conclusiones del señor Pereda.

Lo que pasa al respecto es, en mi sentir, un caso de sugestión colectiva, de los muchos que registran las crónicas y la propia historia, y que todos los días caen bajo la mirada aun de los profanos en psicología. Basta, á menudo, que, en una determinada agru-

pación, la persona de mayor autoridad y de mayor prestigio formule un aserto erróneo, para que aquéllo se haga sensación real, convicción y carne en todos los demás. Éste es el procedimiento etiológico de muchas leyendas, surgidas sobre el *substratum* de la más impecable buena fe, como puede verse en el genial estudio de Gustavo Le Bon, titulado *Psychologie des foules*.

Y —nótese la extraña coincidencia— el caso de la sugestión colectiva, que gira en torno de una bandera, no es nuevo dentro de la propia crónica garibaldina. Por muchos años, en efecto, se creyó en Italia en la autenticidad de una titulada bandera de los mil de Marsala, la cual apareció con ese carácter en dos ó tres ocasiones solemnes. El mismo General Garibaldi creyó, según parece, en ella, puesto que, al fallecer el integérrimo apóstol republicano Mauricio Quadrio—yo entonces era casi un niño, pero recuerdo nítidamente el hecho—el héroe telegrafió desde Caprera: «Sobre el féretro del extinto debe tremolar la bandera de los mil.»

Pues bien: hace apenas algunos meses que, según leí en los diarios italianos, esa leyenda acaba de disiparse con motivo de la muerte de Menotti Garibaldi, porque, habiéndose vuelto á hablar de la ya famosa bandera, uno de los principales actores en la campaña del Mediodía puso de manifiesto su carencia de autenticidad.

Agotada así la cuestión previa, abordaré en el segundo artículo el punto debatido.

II

Esta controversia histórica ha sido planteada en los siguientes términos:

«Cuantos han tratado de la heroica acción librada el 8 de Febrero de 1846 en los históricos campos de San Antonio—dice el señor Pereda en su reciente publicación titulada *Los extranjeros en la Guerra Grande*—han omitido ocuparse del destino que se dió á la bandera que allí hizo tremolar la valiente Legión italiana.» Con lo cual asevera de inmediato y perentoriamente que los 190 legionarios, que combatieron en San Antonio, llevaban bandera. Luego agrega: «Dicha enseña era la segunda de la Legión italiana y fué usada durante toda la campaña. Es negra, tiene pintado el Vesuvio, y en su centro se lee la siguiente honrosa inscripción, que se le puso más tarde, de acuerdo con el decreto gubernativo fecha 25 del mismo mes y año: *Hazaña del 8 de Febrero de 1846, realizada por la Legión italiana á las órdenes de Garibaldi.*—Doña Bernardina Fragoso de Rivera donó á la Legión, al siguiente mes de ese hecho, una bandera de seda, que tenía la misma inscripción, en letras de oro, sobre la parte superior del Vesuvio. Créese que esa bandera haya sido llevada á Italia por el General Garibaldi, pues se ignora el fin que tuvo. En cuanto á la bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio, al ser desarmada la Legión, el comandante Bottaro se hizo cargo de ella.» Y concluye diciendo que, en conse-

cuencia, las banderas de la Legión italiana fueron tres, ó sean: «la que quedó con las fuerzas al mando del comandante Bottaro, á servicio de la plaza de Montevideo *(cuando Garibaldi salió con 200 y tantos hombres para la expedición al Uruguay)*, la que llevó la Legión á campaña y la donada por la esposa del General Rivera.».

Además, el señor Pereda abona sus aseveraciones con cartas de los legionarios Pedro Viglione, Pedro Suffiotto y Jerónimo Pinchetti, que formaron en la expedición al Uruguay, y de los legionarios Nicolás Cannoniero y Antonio Bardino, que no formaron en la expedición al Uruguay; cartas que examinaremos más adelante.

La discrepancia consiste en que, por varias circunstancias, parece muy dudoso, cuando menos, que los 190 legionarios susodichos tuvieran bandera en el combate del 8 de Febrero de 1846, de manera que resulta un tanto aventurada la afirmación del señor Pereda, al hablar de la que *allí hizo tremolar la valiente Legión italiana* y de la *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio*.

Es claro que la dilucidación de este punto abarca también la controversia colateral originada por la carta del General Esteban Canzio, quien dice, según la comunicación telegráfica aludida en nuestro artículo anterior, que «la legendaria bandera de San Antonio, Garibaldi la trajo á Italia en 1848, y se la confió más tarde á él, junto con una carta que dice: *Éstos son los restos gloriosos de la gloriosísima bandera de Montevideo*.»

Pero vamos por partes, y, con el fin de dejar, si

es posible, completamente aclarada la cuestión en todas sus faces, empecemos dedicando algunos párrafos á la bandera que la Legión recibió á las pocas semanas de haberse constituído, en la ceremonia efectuada el 2 de Julio de 1843.

Al trasponer el dintel de la presente averiguación histórica, nos imponemos el deber de prescindir en absoluto de toda idea preconcebida que no descanse suficientemente en una bien saneada documentación ó que no pueda resistir una crítica lógica é imparcial.

Análoga disposición de ánimo esperamos de parte de nuestros lectores, hayan ó no hayan opinado anteriormente en el asunto.

Es por ese camino que se alcanza la verdad ó, cuando menos, se evitan aseveraciones erróneas y gratuitas.

Acerca de la primitiva bandera de la Legión, pues, la señora Jessie W. Mario dice en su obra *Garibaldi e i suoi tempi* (Milano, fratelli Treves editori, 1892, pág. 83): «El 2 de Julio, gran revista en la plaza del Cabildo de las dos Legiones italiana y francesa, entrega de la bandera y elección del uniforme. El uniforme de la italiana fué la camiseta colorada, histórica hoy y casi legendaria; y la bandera ideada por Galliano, que todavía vive en Génova, era enteramente negra con un volcán en el medio, símbolo de la patria en luto, pero con el fuego sagrado en el seno. Esta bandera es religiosamente conservada por Teresita y Esteban Canzio, que la tuvieron de Garibaldi conjuntamente con la carta que certifica su autenticidad.»

Sobre el mismo tópico, José Guerzoni, en su *Garibaldi* (Firenze, G. Barbèra editore, 1882, tomo I, pág. 168), se expresa como sigue: «Más tarde la Legión recibió su bandera; un lienzo negro que llevaba pintado el Vesuvio en erupción; emblema de la revolución hirviente en el seno de Italia, del que Cayetano Sacchi fué el primer abanderado.»

El General José Garibaldi, en sus *Memorie autobiografiche* (Firenze, G. Barbèra editore, 1888), no menciona ni ésta ni las demás banderas de la Legión.

Veamos ahora lo que dicen al respecto las cartas de los legionarios Viglione, Suffiotto, Pinchetti, Cannoniero y Bardino, que el señor Pereda ha publicado en su folleto *Los extranjeros en la Guerra Grande*.

«La bandera usada por la Legión italiana—informa el señor Viglione—era de lienzo negro, con el Vesuvio de un lado y dos canillas y una calavera del otro, que significaban *Gloria ó Muerte*.» Los señores Suffiotto, Pinchetti y Cannoniero nada dicen acerca del particular. El señor Bardino declara: «La Legión tuvo tres banderas: la que usó desde el primer día de su formación, que era del siguiente tipo: negra: en el anverso el Vesuvio en erupción y la inscripción coronando el monte: *Legión italiana de Montevideo;* y en el reverso dos tibias cruzadas y entre ellas un cráneo, etc.»

Como se ve, entre la versión de la señora Mario y de José Guerzoni, por un lado, y la de los señores Viglione y Bardino, por otro, media alguna divergencia acerca de los símbolos que contenía tal enseña, pues aquéllos mencionan tan sólo el volcán ó

el Vesuvio, y éstos hablan también de dos tibias y un cráneo.

Por nuestra parte, empezando á utilizar los documentos que obran en nuestro poder, gracias á la cortés deferencia de varias personas, y muy especialmente de la dignísima familia del doctor Bartolomé Odicini, médico benemérito de la Legión italiana y patriota esclarecido, á quien tendremos el placer de mencionar reiteradamente en el curso de estos artículos, podemos contribuir á la dilucidación del punto dudoso con el dato que va en seguida:

El Diario inédito de la Legión, en el cual día por día se consignan detalladamente todos los sucesos en que ha intervenido ese cuerpo, al dar cuenta de la ceremonia relativa á la bendición de las banderas que se entregaron el 2 de Julio de 1843 á las Legiones italiana y francesa, dice textualmente: «La bandera adoptada por la Legión es enteramente negra, con un volcán en erupción en el medio.»

Y, en nuestro sentir, ésta parece resultar la versión verdaderamente exacta, de perfecto acuerdo con la de la señora Mario y de Guerzoni, porque, de otro modo, también la bandera regalada por la señora esposa de Rivera en Marzo de 1846, habría ostentado dos tibias y un cráneo, por ser presumiblemente una fiel reproducción de la usada hasta entonces por la Legión, y la bandera referida no contiene, como se verá, el símbolo mencionado.

El detalle encierra indudablemente alguna importancia con relación á lo que expondremos en el artículo siguiente.

III

Lo que conviene ahora averiguar es el fin que tuvo la bandera que la Legión italiana recibió en la ceremonia efectuada el 2 de Julio de 1843.

Dos de los legionarios, cuyas cartas pertinentes á esta controversia el señor Pereda inserta en su publicación *Los extranjeros en la Guerra Grande*, suministran al respecto las siguientes noticias:

«La primitiva bandera—dice el señor Viglione—obraba en poder del doctor Pastori, médico garibaldino en distintas campañas en Italia y amigo íntimo del general Garibaldi, á quien éste se la había regalado como recuerdo y prueba de alta estima. El 24 de junio de 1882, en la procesión cívica celebrada en Buenos Aires, flameó en manos de don Antonio Bardino. También dicha primitiva bandera flameó en las calles de Montevideo, poco después de la gran manifestación que se hizo en honor del héroe de ambos mundos.»

«La primitiva bandera—ratifica el señor Suffiotto—debe encontrarse en poder de los deudos del doctor Pastori, que la recibió de nuestro heroico jefe como un valioso obsequio de su parte.»

Éstos son los únicos datos que, acerca del punto que nos proponemos aclarar, consigna el folleto del señor Pereda. Muy poca cosa, por cierto, y que, lejos de disipar las tinieblas de la duda, originan toda una serie de nuevas preguntas: ¿En qué época el General Garibaldi regaló al doctor Pastori la pri-

mitiva bandera de la Legión italiana? ¿Ocurrió eso en Italia ó en Montevideo? Y, en el primer caso, ¿cómo volvió aquella enseña al Río de la Plata? ¿Quiénes son los deudos del doctor Pastori y dónde viven actualmente? ¿Poseen todavía tal gloriosa reliquia, y qué documentos probatorios de su autenticidad pueden exhibir? ¿Cómo se explica el hecho de que esa bandera flameara el año 1882 así en Buenos Aires como en Montevideo, con motivo del fallecimiento de Garibaldi, y, después de aquella fecha, no haya vuelto á aparecer en público, ni en la solemne inauguración que acaba de efectuarse en la vecina capital?

Pues bien: un conjunto de indicios—nada más que indicios—parece autorizar, con algún fundamento, la suposición de que la bandera entregada á la Legión italiana el 2 de Julio de 1843 haya sido llevada á Italia por el General Garibaldi, cuando, acompañado de Anzani y de 84 legionarios más, se embarcó la noche del 14 al 15 de Abril de 1848 en el bergantín sardo «Bifronte», bautizado expresamente para aquel viaje con el nombre auspicioso de «Speranza», y no en 1847, como el señor Pereda dice en la página 21 de su folleto y repite en la página 256.

He aquí en qué consisten los indicios mencionados:

En primer término, casi todos los legionarios que han hecho manifestaciones escritas ó verbales respecto á la presente controversia, están contestes, como evidenciaremos más adelante, en que el General Garibaldi, al regresar á Italia en 1848, se llevó una de las banderas de la Legión. Especifican ade-

más, más ó menos terminantemente, que la bandera llevada por él ha sido la de seda, que doña Bernardina Fragoso de Rivera donó á la Legión el 15 de Marzo de 1846. Y de tal premisa fluye lógicamente la deducción de que la enseña salida, según se dice, de Montevideo aquel año, á bordo de la «Speranza», debería haber sido precisamente la primitiva bandera de la cual nos estamos ocupando.

¿La razón?

Es doble, y del mismo modo concluyente en sus dos faces.

La circunstancia de alejarse Garibaldi, Anzani y 84 legionarios más, no aparejaba la disolución de la Legión italiana, la cual, como es perfectamente sabido, continuó en pie hasta el término completo de la Guerra Grande. Y, por excepcionalmente benemérito que fuera el General Garibaldi, no se concibe, con arreglo á las ordenanzas y costumbres militares, como no se concibe tampoco, con arreglo á la discreción y al notorio desprendimiento del vencedor de San Antonio, que éste se llevara la enseña entregada oficialmente, como premio por el heroico combate del 8 de Febrero, á la Legión, y por ella adoptada como su única bandera desde la ceremonia del 15 de Marzo de 1846. Complementa semejante razón argumentativa el hecho, suficiente para cortar cualquier objeción de los espíritus cavilosos, de que la bandera de seda, regalada por la señora doña Bernardina Fragoso de Rivera, fué remitida al General Garibaldi desde Montevideo, posteriormente á la disolución de la Legión, como documentaremos más adelante.

En segundo lugar, parece que, desde 1848, los legionarios quedados en Montevideo hayan perdido los rastros de la bandera primitiva, la cual habría vuelto á aparecer, según el testimonio de los señores Viglione y Suffiotto, sólo en 1882, primero en la vecina capital y después en Montevideo, con motivo de la gran exhumación de reliquias y memorias garibaldinas, determinada por el fallecimiento de Garibaldi, y habría vuelto á aparecer en manos del doctor Pastori ó de sus deudos.

Á esto puedo agregar que mis investigaciones han dado con un pasaje de un diario de Niza, fechado en Junio de 1848, el cual parece mencionar vagamente la presencia de una bandera de la Legión al frente de los legionarios procedentes de Montevideo. Tal diario, citado por José Guerzoni en su obra *Garibaldi* (tomo I, página 220), trae una correspondencia de Génova, en la cual se lee: «Te escribo con la mayor prisa para decirte que el valiente Garibaldi acaba de bajar en este puerto con noventa hombres de su invencible Legión. En este momento (1 p. m.) bajan por el muelle real los legionarios y desfilan al toque de clarín, precedidos por la bandera italiana y *por la propia*.»

En los anteriores datos es lícito basar la consideración de que, saliendo de Montevideo ese importantísimo núcleo de la Legión para tomar parte muy activa en la guerra de la independencia italiana, puede explicarse que se llevara consigo, como enseña de combate, la primitiva bandera, probablemente depositada entonces en la Mayoría del cuerpo, desde el día en que fué reemplazada por la del 15

de Marzo de 1846, obsequio de la esposa del General Rivera.

¿Y después?

Después he buscado empeñosamente el destello de esa enseña gloriosa al través del período tumultuario que corre desde la guerra de Lombardía hasta la de Roma, y desde la retirada sobre la República de San Marino hasta el segundo destierro del gran patriota, que se embarcaba el 16 de Septiembre de 1849 con rumbo á Túnez. Pero nada he descubierto, ni tampoco en la minuciosa y pintoresca descripción que Rafael Belluzzi, en *La ritirata di Garibaldi da Roma* (1), hace de las milicias garibaldinas que salieron, el 2 de Julio de aquel mismo año, de la ciudad eterna, ya en vísperas de ser ocupada por las tropas de Bonaparte.

Hay, pues, positiva conveniencia, para la presente averiguación histórica, en indagar si la bandera que, según el testimonio de los señores Viglione y Suffiotto, se halla en poder de los deudos del doctor Pastori, es la auténtica del 2 de Julio de 1843, tanto más que su detalle descriptivo, como observamos en el artículo anterior, no parece coincidir completamente con el de la enseña mencionada por el Diario inédito de la Legión, por la señora Jessie W. Mario y por José Guerzoni.

Esta tarea, en nuestro concepto, podría tomarla á su cargo el amigo Arturo Pozzilli, mucho más ventajosamente que escribiendo, como anuncia en *L'Italia al Plata* (2), á los Generales Canzio y Ric-

(1) Roma, Società editrice «Dante Alighieri», 1899.
(2) De fecha 25 de Junio.

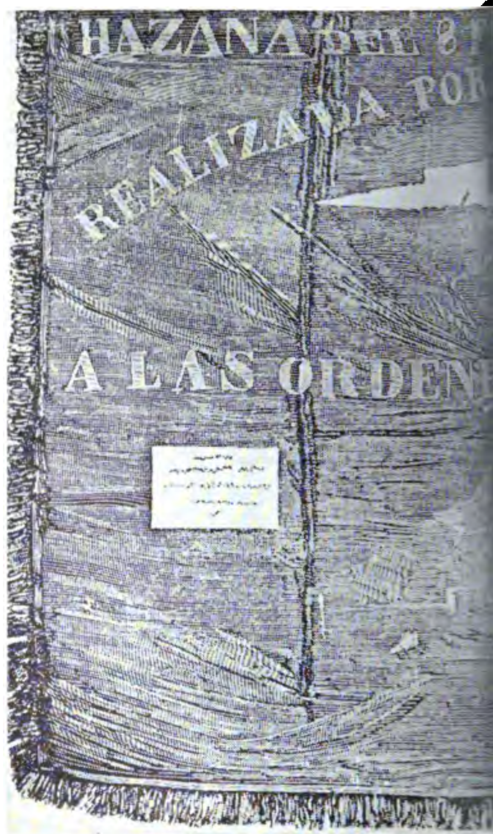
ciotti Garibaldi para obtener *noticias detalladas acerca de la bandera que existe en Italia.* Porque ninguno de los dos posee al respecto mayores datos que los conocidos en Montevideo.

Así Pozzilli tendría, á la vez, ocasión de informarnos si, en justicia y verdad, corresponde al doctor Pastori lo de «médico garibaldino en distintas campañas de Italia y amigo intimo del General Garibaldi», que le atribuye el excelente señor Viglione.

Porque, no obstante poseer, según creemos, algún conocimiento de la epopeya garibaldina, nosotros confesamos, con perfecta candidez, que la simpática silueta esbozada por el querido legionario no despierta en nuestra memoria ninguna reminiscencia concreta.

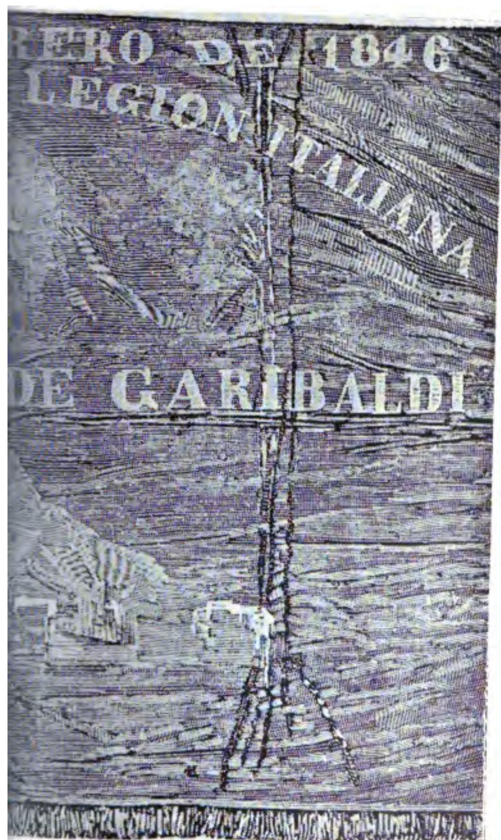
IV

Después de lo dicho en el artículo anterior, yo me hallo en la obligación de probar que la bandera de seda, regalada por la señora doña Bernardina Fragoso de Rivera el 15 de Marzo de 1846, fué remitida, desde Montevideo, al General Garibaldi posteriormente á la disolución de la Legión italiana. Y, una vez sentado este hecho, ya no quedará razonablemente ninguna duda de que, si en realidad el vencedor de San Antonio se llevó, al salir para Italia en 1848, una bandera de la Legión, esa bandera tiene que haber sido forzosamente la primitiva, «la que quedó con la fuerza al mando del comandante



Bandera del

Actualmente en poder del general Esteba
á la obra *Garibaldi e i su*



ırzo de 1846

eproducida del fotograbado perteneciente
ı la señora Jessie W. Mario

Bottaro, á servicio de la plaza de Montevideo,» como dice el señor Pereda, durante la expedición al Uruguay, ó sea la que la Legión recibió en la ceremonia efectuada el 2 de Julio de 1843.

Ha llegado, por lo tanto, el momento de encarar el segundo punto de la presente controversia; cosa que, como se verá, practicaremos en dos etapas distintas, para facilitar el agotamiento de la cuestión.

¿Qué noticias han aportado al debate, acerca de la enseña del 15 de Marzo de 1846, los legionarios que han hecho manifestaciones verbales ó escritas, relacionadas con este asunto?

Helas aquí transcriptas textualmente, conforme al método de fidelidad escrupulosa que me he impuesto desde los comienzos y que seguiré inflexiblemente hasta el fin:

«El general llevó á Italia la bandera regalada por la esposa del general Rivera»—dice el señor Bartolomé Servetti, que se encontró en la expedición al Uruguay, según resulta del reportaje publicado por Arturo Pozzilli en *L'Italia al Plata* de fecha 25 del corriente. «La bandera donada por doña Bernardina Fragoso de Rivera será la que *Un italiano* afirma existir en poder del general Canzio en Génova»—opina el señor Viglione, refiriéndose á la polémica que yo sostuve en 1896 con el señor Pereda. «La bandera de seda que la señora Bernardina Fragoso de Rivera regaló á la Legión italiana es la que Garibaldi llevó á Italia, y que no cabe duda debe tenerla su familia»—afirma el señor Bardino. Y en forma análoga se expresa el señor Cannoniero.

El único que hace manifestaciones divergentes de las anteriores y bien circunstanciadas, es el señor Pinchetti, quien declara: «La que donó doña Bernardina Fragoso de Rivera se halla en Génova, en poder del general Canzio. Era de seda, y terminada la Guerra Grande se depositó en el Fuerte de Gobierno por una comisión formada de legionarios, entre los cuales figuraba yo. Más tarde, otra comisión, presidida por el doctor Bartolomé Odicini, la solicitó del gobierno para serle remitida al general Garibaldi como valioso recuerdo del Pueblo Oriental.»

Pues bien: el que se halla al respecto en lo cierto es el legionario señor Pinchetti, pues la enseña de 15 de Marzo de 1846 fué efectivamente pedida al gobierno después de la terminación de la Guerra Grande.

¿La prueba?

Existe y yo tengo el agrado de exhibirla, publicando el texto de la petición que fué elevada al gobierno de la República por el doctor Bartolomé Odicini, médico de la Legión italiana.

Ese documento es todo de puño y letra del mismo doctor Odicini, quien también lo redactó, y está concebido en los siguientes términos textuales, que evidencian, al propio tiempo, el patriotismo y el gran corazón de su autor:

«Excelentísimo señor:

«Los oficiales, bajo-oficiales y soldados que pertenecieron unos á la división de la Legión Italiana

á que cupo el honor de ir á inmortalizar su nombre en los campos de San Antonio del Salto en la memorable batalla del 8 de Febrero de 1846, y los otros que siempre han pertenecido á la otra división que se ha quedado en defensa de la heroica Capital, con todo el respeto piden del Excelentísimo Gobierno de la República quiera hacerles la gracia particular de concederles la Bandera que ha sido de la Legión y bajo la cual han tenido el honor y la militar fortuna de siempre distinguirse en servicio de la República: y pidiéndola por gracia, solemnemente prometen al Excelentísimo Gobierno que así lo hacen para ofrecerla al Municipio de Génova, la ciudad más democrática de Italia, en cuyas manos, á más de ser una grande prueba de magnanimidad del Excelentísimo Gobierno de la República Oriental del Uruguay hacia sus defensores, será un monumento perpetuo de las glorias de los soldados que arrostraron los peligros y los trabajos de las batallas en las trincheras de la Capital como en la campaña, durante la larga guerra que acaba de extinguirse, y servirá también de ejemplo á los democráticos italianos que se preparan á redimir la patria del despotismo que desde tres siglos la tiene oprimida, porque esta Bandera les enseñará que contra las muchas bayonetas de los tiranos, aun pocos hombres libres y verdaderamente republicanos pueden vencer y adquirirse la corona del triunfo.

«Esperan esta gracia especial del Excelentísimo Gobierno los que humildemente resignan aquí su nombre.»

Parece que la iniciativa del doctor Odicini res-

pondiera al temor de que la gloriosa bandera pudiese correr algún peligro, debido al inminente cambio de orientación partidaria á que estaba expuesto el gobierno, pues ya se vislumbraba claramente que el inmaculado ciudadano don Joaquín Suárez, gran amigo de Garibaldi, iba á ser reemplazado interinamente en la presidencia de la República el 15 de Febrero de 1852 por don Bernardo P. Berro, presidente del Senado, á quien sucedió en la suprema magistratura el 1.º de Marzo del mismo año don Juan F. Giró. Y, á la espera de una conveniente oportunidad para ofrecerla al Municipio de Génova, conforme á lo manifestado en la petición anterior,—oportunidad que se alejó en seguida por el carácter oribista que asumió la situación, pues no eran aquellos momentos adecuados para ocuparse de tales asuntos,—el doctor Odicini custodió religiosamente en su casa la sagrada enseña, la cual luego continuó, por otros motivos, permaneciendo bajo la misma custodia, hasta que en 1855, como probaré fehacientemente más adelante, fué pedida por el General Garibaldi y enviada en el año siguiente al vencedor de San Antonio, que á la sazón se encontraba en Génova y que la recibió para depositarla en Roma.

Porque, como es sabido, después de su segundo destierro de Italia, Garibaldi había pasado unos tres años viajando de Nueva-York á Centro-América y al Extremo Oriente como capitán de buques mercantes, hasta que, habiéndose modificado el rumbo político del gobierno piamontés en sentido más nacional, pudo en 1854 bajar en Niza sin ser moles-

tado, y de allí trasladarse, más tarde, á Cerdeña y á Génova.

Dando, pues, con lo que expondremos, por demostrado que la bandera entregada por el gobierno oriental al doctor Odicini fué enviada por éste al General Garibaldi, no cabe la menor duda de que la enseña de 15 de Marzo de 1846 fué la usada por la Legión italiana hasta el término de la Guerra Grande y es la misma que se encuentra actualmente en poder del General Canzio.

Su facsímile puede verse en la ya citada obra de la señora Mario *Garibaldi e i suoi tempi*, página 85, reproducida fotográficamente. Es—como dice la señora Mario —enteramente negra, con un volcán en el medio, y, en consecuencia, sin las dos tibias y el cráneo mencionados por las manifestaciones de los señores Viglione y Bardino transcriptas en nuestros artículos anteriores.

Según resulta de la fecha que lleva la carta que la acompaña—30 de Marzo de 1880—fué traspasada al General Canzio unos veinticuatro años después de remitida por el doctor Odicini.

La inscripción que la decora, en cumplimiento del decreto de 25 de Febrero de 1846, ocupa la zona superior, hasta tocar casi la cumbre del volcán, y hállase distribuída en tres líneas, así:

HAZAÑA DEL 8 FEBRERO DE 1846
REALIZADA POR LA LEGIÓN ITALIANA
Á LAS ÓRDENES DE GARIBALDI

La segunda línea forma un arco de círculo y queda separada de la tercera mucho más que de la primera.

Es de seda, según sugiere la excelente reproducción fotográfica, y en sus bordes lateral izquierdo é inferior corre una franja, presumiblemente de oro, como el bordado de la inscripción.

*

Por último, antes de poner punto final á este IV artículo, tengo que replicar á mi distinguido amigo Arturo Pozzilli, quien—al ocuparse de mi presente exposición en *L'Italia al Plata* (1), con una delicada benevolencia que mucho le agradezco y que evidencia una vez más la gentileza de su alma selecta—me advierte cortésmente y de paso que, á consecuencia de la polémica surgida en Italia meses atrás, según mencioné en mi referencia puramente incidental á la bandera de los Mil, la enseña auténtica de aquella maravillosa expedición fué por fin hallada en casa de la familia Sgarallino. Cree, además, Pozzilli que el telegrama de Garibaldi «Sobre el féretro del extinto debe tremolar la bandera de los Mil» rece sólo con el cadáver de José Mazzini, y no con el de Mauricio Quadrio.

Replico gustoso, aunque la incidencia no afecte por ningún concepto la cuestión que estamos debatiendo.

He vuelto á leer el pasaje de la referencia—ruego al buen amigo que haga otro tanto—y no encuentro que mis palabras contradigan al hallazgo de la enseña auténtica, pues en ellas yo menciono única-

(1) De fecha 26 de Junio.

mente la bandera que por muchos años fué creída de los Mil, sin serlo, como se ha probado.

En cuanto al telegrama de Garibaldi, si bien es cierto que uno análogo fué transmitido por el héroe con motivo de la muerte de Mazzini, no tengo la más leve duda de que el citado por mí fué enviado al fallecer Mauricio Quadrio. Y me conceptúo, sin pecar de temeridad, con alguna noción del asunto, en virtud del antecedente de haber yo publicado en Roma, en 1884, un librito biográfico de 128 páginas acerca del austero valtelinés, librito perteneciente á la misma colección en la cual se dió á luz también mi folleto relativo á Guillermo Oberdán, que el amigo Pozzilli conoce perfectamente.

La disposición de Garibaldi respecto al cadáver de Mauricio Quadrio, por lo demás, tenía importancia inolvidable, por la circunstancia de que el patriota fallecido acababa de publicar en la *Unità italiana* de Génova los XIV primeros capítulos de su obra *Commenti al libro dei mille*, en la cual, como el amigo Pozzilli sabe, el extinto refuta con rudeza varias de las aseveraciones hechas por el jefe de la expedición de 1860 acerca de la actitud asumida por Mazzini y su partido frente á aquel acontecimiento.

Pero, repito, tal incidencia no afecta de ningún modo la presente controversia, y yo me ocupo de ella tan sólo porque la indicación procede de mi buen amigo Arturo Pozzilli, quien—no lo dudo—concluirá por convencerse de que estoy reconstruyendo en terreno bien firme y con materiales de buena ley.

V

Henos aquí, por fin, delante de la bandera que, según el señor Pereda, basado en las referencias de algunos supervivientes de la Guerra Grande, *hizo tremolar la valiente Legión italiana* el 8 de Febrero de 1846, y que fué *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio.*

Arturo Pozzilli, que acaba de examinar esa enseña en casa de la distinguida familia Fiorito, la describe en *L'Italia al Plata* de fecha 26 del pasado Junio, como sigue: «Está formada por una burda tela pintada de negro. En el medio tiene el Vesuvio en llamas, originariamente rojo. Digo originariamente: porque el tiempo ha desteñido en mucho el color, al punto de que el rojo se ha tornado amarillento y anaranjado. Tiene, en resumen, aquellos matices que sólo el tiempo, magistral y originalísimo artista, posee en su paleta. La bandera es larga un metro y 75 cent. y es ancha un metro y 25 cent. La parte superior está remendada. Además lleva una inscripción en la extremidad superior é inferior. Ella reza: *Hazaña del 8 de Febrero de 1846, realizada por la Legión italiana á las órdenes de Garibaldi.*»

Para proceder en un todo metódicamente, dividiremos el análisis de la tradición que se refiere á esta enseña en dos partes, agrupando en la primera todo lo pertinente á su origen y en la segunda todo lo que respecta á la forma en que ella ha llegado á po-

der de la familia Fiorito—siempre según lo dicho por las personas que dan pie á la aseveración terminante del señor Pereda.

Aunque el procedimiento minuciosamente analítico que hemos adoptado pueda fatigar un tanto á nuestros corteses lectores, no creemos lícito apartarnos de él, por conceptuar que se imponga ineludiblemente en toda averiguación histórica concienzuda. Pedimos, pues, disculpa por la prolijidad obligada, y encarecemos á las personas que tienen la amabilidad de prestarnos su atención, se fijen en todos los detalles de lo que vamos á exponer á continuación.

Las cartas que el señor Pereda inserta en su folleto *Los extranjeros en la Guerra Grande*, asignan á la bandera descrita por Arturo Pozzilli el origen que se desprende de las siguientes referencias:

El primero de los supervivientes de aquella época que hizo manifestaciones públicas al respecto, durante la polémica de 1896, fué el señor Bardino, quien, como se recordará, no tomó parte en la expedición al Uruguay. Su carta, aparecida en *El Siglo* de fecha 11 de Enero de aquel año, contiene este pasaje: «La *(bandera)* que flameó en la *Batalla de San Antonio* y que hoy se halla depositada en manos de la viuda del capitán Fiorito, fué construída en viaje de Montevideo al Salto, cuando la Legión se trasladaba á aquel departamento en misión del gobierno oriental. La razón de haber tenido que construir esa bandera que cubrió de gloria á los que pelearon á su sombra en los campos de San Antonio, es clara: la Legión italiana, por motivo de la

orden recibida para trasladarse al Salto, tuvo que dividir sus fuerzas; dejó en esta capital, para continuar su defensa, dos terceras partes de hombres, entre los que se hallaba el que esto reseña, y la otra tercera parte pasó al punto nombrado; á los que aquí quedamos nos dejó Garibaldi la bandera vieja, y por el camino, los que marcharon al Salto, se construyeron otra. Esta manera de fabricar pabellones parecerá extraña, pero era como se vivía en aquel tiempo, en que tantos héroes hubo en esta tierra.»

Luego, con fecha 11 de Enero de 1896, y probablemente escritas después de haber aparecido la manifestación anterior del señor Bardino, *La Razón* del 12 publicó dos cartas más, dirigidas al señor Pereda y firmadas respectivamente por los legionarios que tomaron parte en la expedición al Uruguay, señores Suffiotto y Viglione. La primera dice sobre el particular: «Esa bandera fué hecha por el teniente Suci, precisamente para los legionarios que con él y á órdenes del general Garibaldi salimos á campaña. Está usted, pues, en la verdad cuando afirma que la bandera que usa el *Círculo Legionario Garibaldino* es la misma que el 8 de Febrero de 1846 tenía la Legión italiana.» La segunda manifiesta: «Cuando se hizo la expedición *(al Uruguay)*, el general Garibaldi reunió á sus compañeros y pidió que le siguieran los que voluntariamente quisieran ir con él, y con 200 y tantos hombres efectuó su excursión al Uruguay. Al salir de Montevideo usó una segunda bandera, igual á la ya descrita *(la primitiva que, según dijo anteriormente, contenía en el reverso dos canillas y una calavera)*, con excepción de la cala-

vera, y esa segunda bandera es la que se encuentra en poder de la viuda del capitán Fiorito y que usa en sus fiestas anuales el *Círculo Legionario Garibaldino*.»

Más tarde, *enterado*, como dice él mismo, *de las publicaciones aparecidas en La Razón* y *El Siglo*, el señor Cannoniero, que no estuvo en la expedición al Uruguay, escribió al señor Pereda desde Paysandú, con fecha 18 de Enero de 1896, declarando acerca del tópico en tela de juicio: «Cuando parte de la Legión salió de Montevideo, yo quedé con el resto de ella, que mandó el valiente comandante Bottaro, y la primera bandera no fué llevada en esa excursión, pues quedó en nuestro poder. La segunda fué hecha en el camino, según supe después, por el teniente Suci, y, como la anterior, era también de lienzo.»

Finalmente, contestando á una especie de cuestionario que le dirigiera el señor Pereda, el señor Pinchetti, que se encontró en el combate de San Antonio, hizo, también desde Paysandú y con fecha 18 de Enero de 1896, esta referencia, al enumerar las banderas que tuvo la Legión italiana: «La que construyó el teniente Suci y empleamos en toda la campaña.»

Á las anteriores manifestaciones de 1896, hay que agregar ahora la siguiente, publicada por Arturo Pozzilli en *L'Italia al Plata* de fecha 25 de Junio último. Preguntado por el director del diario italiano, el señor Viglione ha dicho: «Cuando la Legión fué enviada á campaña, se dividió en dos grupos. Uno quedó en Montevideo al mando de Bottaro; el otro, compuesto de 200 hombres, salió con Gari-

baldi para el litoral. En el camino, Garibaldi mandó hacer otra bandera. Era de lienzo, pintada de negro, con el Vesuvio en rojo. Ésta tremoló en San Antonio.»

Resumiendo, la aseveración del señor Pereda resulta abonada, como se ve, por la palabra de cinco supervivientes de la Guerra Grande, de los que dos, ó sean los señores Bardino y Cannoniero, no tomaron parte en la expedición al Uruguay, y tres, ó sean los señores Viglione, Suffiotto y Pinchetti, se hallaron en el combate del 8 de Febrero de 1846. El primero dice, acerca de la bandera descrita por Arturo Pozzilli, que *flameó en la batalla de San Antonio y fué construída en viaje de Montevideo al Salto;* el segundo, que *fué hecha en el camino por el teniente Suci;* el tercero, que Garibaldi, *al salir de Montevideo, usó la bandera que se encuentra en poder de la viuda del capitán Fiorito*,—manifestación complementada últimamente con la traída por *L'Italia al Plata*, de que *en el camino Garibaldi mandó hacer esa bandera*, la cual *tremoló en San Antonio;* el cuarto, que *esa bandera fué hecha por el teniente Suci y es la misma que el 8 de Febrero de 1846 tenía la Legión italiana;* y el quinto, que *la que construyó el teniente Suci* fué empleada por ellos *en toda la campaña.*

Tenemos, pues, cinco testimonios contestes en que la enseña, de la cual se trata, ha sido hecha durante la travesía de Montevideo al Salto, y sólo divergentes en dos detalles, por cuanto dos de ellos, ó sean los de los señores Bardino y Viglione, no especifican quién la hizo, mientras los tres restantes, ó sean los

de los señores Cannoniero, Suffiotto y Pinchetti, atribuyen terminantemente su paternidad al teniente Suci, y por cuanto los testimonios de los señores Bardino y Viglione concuerdan en que tal enseña flameó en San Antonio, mientras el del señor Suffiotto consigna sólo que esa bandera, el 8 de Febrero de 1846, la tenía la Legión, el del señor Pinchetti menciona simplemente que ella fué empleada en toda la campaña, y el del señor Cannoniero nada dice acerca de este particular.

Indudablemente, tomadas así en bulto y sin beneficio de inventario, semejantes declaraciones parecen tener mucho peso, tanto por su número como por el carácter de las personas que las emiten, desde que se trata nada menos que de tres actores en el glorioso combate y de dos legionarios que quedaron en Montevideo con las fuerzas al mando del bravo Bottaro.

Sin embargo, á esa especie de paralelogramo de cinco fuerzas, cuya resultante tiende á dejar sentada, como hecho incontrovertible, la aseveración de que la bandera actualmente en poder de la familia Fiorito fué *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio*, yo voy á contraponer toda una serie de consideraciones basadas en la lógica y toda una serie de hechos y documentos, estos últimos hasta ahora completamente inéditos.

Los lectores imparciales y criteriosos juzgarán después de qué lado se inclina, en forma decisiva y clara, el platillo de la balanza, y pronunciarán el fallo definitivo.

Pero, como el desarrollo adecuado de tan impor-

tante faz del asunto ya no puede caber en los límites del presente artículo, me veo en la absoluta necesidad de aplazarlo para el artículo siguiente.

VI

He dicho que al testimonio de los legionarios señores Bardino, Cannoniero, Viglione, Suffiotto y Pinchetti voy á contraponer toda una serie de consideraciones basadas en la lógica y toda una serie de hechos y de documentos, estos últimos hasta ahora completamente inéditos, porque, como me enseña el señor Pereda, refiriéndose á la polémica de 1896, en su folleto *Los extranjeros en la Guerra Grande*, «las cuestiones históricas son muy delicadas y no basta contradecir un hecho para que éste pierda sus efectos.»

Á fin de que los lectores imparciales puedan apreciar debidamente la verdadera índole psicológica de ese múltiple testimonio, empezaré resumiendo los antecedentes fundamentales de la presente controversia.

La primera vez que yo ví la enseña de la cual se trata, fué el 8 de Febrero de 1885, en la fiesta anual con que el «Círculo Legionarios Garibaldinos» conmemora el glorioso combate y á la que se me invitó amablemente en mi carácter de director de *La Bandiera Italiana*, que entonces publicaba en Montevideo. Al acto, que tuvo lugar en el restaurant suburbano «León de Caprera», concurrió también mi

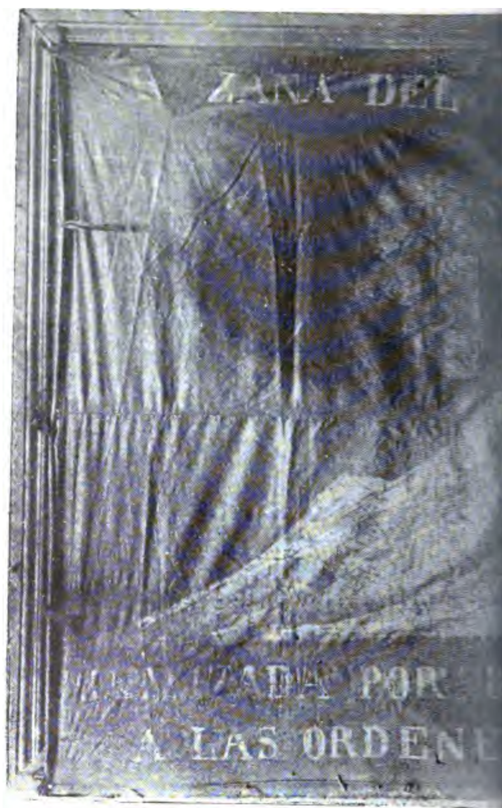
distinguido amigo y valeroso garibaldino el conde Greppi, á la sazón cónsul de Italia ante el gobierno uruguayo. La enseña que se halla en poder de la familia Fiorito fué desplegada después del banquete, para que la viéramos el conde Greppi y yo, recién llegado de Europa, y la impresión que me causó su estado de perfecta conservación fué tal que inmediatamente dudé de su autenticidad. Porque, aun prescindiendo de las demás acciones bélicas libradas por los expedicionarios al Uruguay, tenía presentes todos los detalles de la jornada de San Antonio, en la cual, como es sabido, un puñado de héroes peleó varias horas contra 900 hombres de caballería y 300 de infantería al mando de Servando Gómez, y hallaba demasiado extraño que la bandera enarbolada en aquella hazaña no ofreciese ninguna huella de proyectiles ó de lanzazos y ninguna mancha de sangre, cuando Garibaldi, en sus *Memorie autobiografiche*, dice: «Hasta las nueve de la noche sostuvimos la pelea, que había empezado á la una de la tarde aproximadamente; nosotros estábamos rodeados por una barricada de cadáveres; sobre los cadáveres enemigos quedados entre nosotros, y en la línea donde se habían detenido para hacer fuego, encontramos abundante provisión de cartuchos; muchos fusiles mejores que los nuestros, dejados por los muertos y por los moribundos, sirvieron para armar á los milicos que no los tenían y á los oficiales, etc.,» y cuando entre los heridos graves que tuvieron que llevarse á lomo de caballo ó en hombros durante la retirada, en la cual los lanceros de Gómez llegaban, según agrega Garibaldi, á herir á los legionarios en

las filas, figura Cayetano Sacchi, á quien la versión del «Círculo Legionarios Garibaldinos» da como abanderado en la expedición al Uruguay, en general, y, particularmente, en el combate del 8 de Febrero de 1846. Recuerdo que comuniqué en el acto mi impresión al conde Greppi y que también él se quedó profundamente perplejo.

Con esa misma disposición de ánimo y todavía sin pruebas documentarias que pudieran demostrar victoriosamente la no autenticidad de la bandera en cuestión, abordé en 1896 la consabida polémica con el señor Pereda, conceptuando harto apresurado, cuando menos, lo de la enseña que el 8 de Febrero de 1846 *hizo tremolar la valiente Legión italiana* y que fué *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio.*

Como era de esperarse, las dudas formuladas por mí en aquella oportunidad parecieron al «Círculo Legionarios Garibaldinos» más sacrílegas que á los católicos los martillazos de los iconoclastas, porque hasta entonces nadie había sospechado públicamente que su fe inconcusa en la genuinidad de la enseña rodeada de un verdadero culto épico pudiese no tener más base que una ilusión psíquica, hondamente arraigada por la sugestión colectiva.

El primero de los miembros de esa Sociedad que rechazó, con sentida y sincera indignación, mis observaciones, fué su presidente, el señor Bardino, el más joven en dicho grupo de supervivientes de la Guerra Grande y, sin duda, como he podido constatarlo en varias ocasiones, también el más desenvuelto en el manejo así de la oratoria como de la



Bandera del «Círcul
Custodiada por la familia



onarios Garibaldinos »
o. — Reproducción fotográfica

pluma — circunstancia la cual no se escapará, por cierto, á la penetración de las personas que tienen alguna práctica de los modernos estudios de psicología.

En el artículo anterior he reproducido íntegro el pasaje que la carta escrita por el señor Bardino en 1896 dedica á la bandera del «Círculo Legionarios Garibaldinos», y en él, como se ha visto, se consigna la afirmación terminante de que tal enseña *fué construída en viaje de Montevideo al Salto*. Además, el señor Bardino explica *la razón de haberse tenido que construir esa bandera;* razón que califica de *clara* y que, á su entender, consiste en el hecho de haberse quedado en Montevideo la primitiva bandera con el grueso de la Legión, por cuyo motivo *los que marcharon al Salto se construyeron otra por el camino*. — Señalo, de paso, conceptuando de todo punto innecesario detenerme en refutaciones ociosas, lo anómalo de tal explicación, con arreglo á la cual resultaría muy *claro* y corriente que cualquier fuerza destacada se *construyera* una bandera para su uso y consumo — irregularidad todavía más inconcebible si se tiene presente que la enseña recibida solemnemente por la Legión en la ceremonia del 2 de Julio de 1843, ya se había cubierto de gloria en varios combates, y que al frente de la fuerza expedicionaria iban Garibaldi y Anzani, éste último jefe de escuela y rígido cumplidor de las ordenanzas militares.

Pero la faz más interesante de la carta del señor Bardino, para la observación psicológica, no consiste en esto: consiste en el impulso que su aseve-

ración perentoria ejerció sobre los demás legionarios, determinando las otras cartas de los señores Viglione, Suffiotto y Cannoniero. No coloco en el grupo la del señor Pinchetti, porque este glorioso resto de la Guerra Grande no sabe escribir, y sus manifestaciones, recogidas por los señores Balbis y González, fueron provocadas por una especie de cuestionario que le dirigió el señor Pereda.

No vayan ahora los respetables señores Viglione, Suffiotto y Cannoniero á interpretar erróneamente mis palabras. Al hablar de *impulso*, yo no entiendo levantar ni la más remota duda acerca de la independencia y sinceridad de sus declaraciones, posteriores á las del señor Bardino. Mi expresión pertenece sólo á la terminología de los estudios psicológicos, con arreglo á los cuales la sugestión se ejerce sin que el sugestionado se dé la menor cuenta de ella y obra en la plena convicción de poseer su perfecta autonomía y conciencia.

Así, pues, aparecen sucesivamente las cartas de los señores Viglione, Suffiotto y Cannoniero, en las cuales el primero repite lo sustancial de lo afirmado por el señor Bardino; el segundo, creyendo hallar en su memoria debilitada por los años un precioso recuerdo complementario, agrega que la bandera, cuya autenticidad se tiene la osadía de poner en tela de juicio, ha sido *hecha por el teniente Suci, precisamente para los legionarios que con él y á órdenes de Garibaldi salieron á campaña;* y el tercero, *enterado*, como manifiesta en los comienzos de su carta, *de las publicaciones aparecidas en «La Razón» y «El Siglo»*, las cuales comprendían tam-

bién la carta del señor Suffiotto, cree recordar, á su vez, el importante detalle exhumado por su anterior compañero, y se apresura á ratificarlo diciendo: *la segunda* (bandera) *fué hecha en el camino, como supe después, por el teniente Suci.* Indudablemente responde al mismo proceso psíquico también la referencia hecha por el señor Pinchetti á los señores Balbis y González, aunque en forma seca y de paso, mencionando *la que construyó el teniente Suci y que emplearon en toda la campaña*—frase en la cual hasta se repite el término inapropiado de *construir* empleado por el señor Bardino.

Casi presintiendo la deducción que fluye naturalmente de todo esto, si se para mientes en el hilo íntimo, inadvertido por las personas carecientes de nociones psicológicas, que liga entre sí y eslabona los cinco testimonios susodichos, y que, al final de cuentas, reduce su multiplicidad á la simple unicidad, como, en acústica, el eco múltiple repercute una sola voz—el señor Pereda me advierte que los declarantes, en cuyas manifestaciones funda su afirmación de la bandera *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio, son hombres de verdad y de clarísima memoria.*

Pues bien: nadie más que yo rinde cumplido homenaje á la absoluta sinceridad de esos antiguos compañeros de Garibaldi, en quienes el contacto con aquel gran corazón, digno de las páginas más luminosas de Plutarco, parece haber impreso el destello de un verdadero culto por todo lo levantado y noble, y entre lo levantado y noble figura también la verdad.

Pero eso de la *clarísima memoria* es cuestión que cae bajo el dominio de la fisiología, la cual dicta leyes inflexibles, contra las que nada pueden, desgraciadamente, el sentimiento ni el sentimentalismo. Y tales leyes dicen que el organismo humano, á cierta altura de la vida, tiene que funcionar imperfectamente; imperfección que, por otro lado, lo hace más accesible que nunca á la sugestión.—Tenga presente el señor Pereda que desde el heroico combate de San Antonio han pasado más de 58 años; agregue á esta cifra la edad que cada uno de sus declarantes tenía en aquella época y saque la ilación lógica.

En efecto, durante el curso de estos artículos, ya he descubierto el error en que han incurrido los señores Bardino y Viglione al aseverar que la primitiva bandera de la Legión tenía en el reverso dos tibias cruzadas con un cráneo superpuesto, y el error cometido por los mismos en unión con el señor Cannoniero, al asegurar que Garibaldi, cuando en 1848 salió para Italia, se llevó la enseña regalada el 15 de Marzo de 1846 por la señora doña Bernardina Fragoso de Rivera—inexactitudes de positiva importancia, que prueban la inflexibilidad de las leyes fisiológicas mencionadas.

Ahora, en el artículo siguiente demostraré, en forma no dudosa y documentada, que el teniente Suci no puede haber hecho la bandera de la cual se trata; de manera que, eliminado el puntal principalísimo de la leyenda, ésta tendrá que quedarse en los aires, hasta que yo evidencie su índole completamente sugestiva, en cuyo caso ella concluirá por

desvanecerse como suelen los engañosos y atrayentes mirajes á la aproximación del explorador.

VII

¿Y por qué el teniente Suci no puede haber hecho la bandera de la cual se trata?

Á esta pregunta, que, según todas las probabilidades, el último párrafo del artículo anterior habrá puesto en los labios así del señor Pereda, que consignó el importante detalle probatorio de la autenticidad de la enseña, como de los legionarios Cannoniero, Suffiotto y Pinchetti, que le suministraron el dato respectivo, contestaré empezando por utilizar las propias informaciones que lucen solemnemente en las páginas 278 y siguientes del folleto *Los extranjeros en la Guerra Grande*. Asistiremos, pues, á una pequeña reproducción del mito antiguo de Saturno que se comía á sus hijos.

Escribe el señor Pereda en el lugar indicado: «Como complemento de cuanto llevamos dicho respecto á la valerosa Legión italiana, creemos prestar un importante servicio á la historia haciendo conocer la nómina de los legionarios que acompañaron al general Garibaldi en su excursión á los pueblos cuyas riberas baña el río Uruguay.—En ningún documento público figura, ni existe constancia de ello en los archivos del estado mayor, al cual hemos recurrido en busca de datos para completar ó rectificar nuestras informaciones de fuente particular.—

Sin embargo, las primeras listas formadas después de su regreso del Salto, que llevan por fecha el 19 de septiembre de 1846, nos han servido para llenar algunas omisiones, con el poderoso auxilio de los legionarios sobrevivientes señores Viglione y Servetti, y para aclarar nombres y apellidos, dudosos ó equivocados, de la que obraba en nuestro poder. —Con motivo del fallecimiento del general Garibaldi, el doctor Adolfo Deroseaux, que se halló como médico en la acción de San Antonio, dió á luz una lista en *La Patria Italiana*, de Buenos Aires, correspondiente al 17 de Junio de 1882, y ella nos ha servido principalmente para realizar nuestro objeto. —He aquí ahora la nómina de los expedicionarios á que nos hemos referido.»

Y, á continuación, el señor Pereda publica 298 nombres, ordenados por compañías, con sus oficiales, sargentos y cabos correspondientes, y clasificados en estas cuatro categorías: muertos, heridos, ilesos y quedados en el Salto durante la jornada del 8 de Febrero de 1846.

Como se ve, el autor de *Los extranjeros en la Guerra Grande* ha reconstruído el precioso documento, sin omitir esfuerzos ni cuidados para evitar toda posibilidad de error, y poniendo á contribución la lista publicada por el testigo presencial doctor Deroseaux, el archivo del Estado Mayor y el poderoso auxilio de los legionarios señores Viglione y Servetti, actores en el combate de San Antonio—circunstancias múltiples que no permiten dudar de la perfecta exactitud de esta *Nómina de los expedicionarios de la Legión*.

Pues bien: impulsado por natural curiosidad de averiguar en qué compañía formaba el teniente Suci, á quien los legionarios señores Cannoniero, Suffiotto y Pinchetti, y, por consiguiente, también el señor Pereda, atribuyen la paternidad de la bandera en cuestión, he recorrido reiteradamente aquellos nombres, arribando, por último, á la conclusión, un tanto curiosa, pero no por eso menos verídica, de que en la nómina antedicha no existe ningún teniente Suci. Todos y cada uno de mis corteses lectores pueden controlar á sus anchas la exactitud de mi aserto, porque el folleto del señor Pereda se encuentra en venta en las librerías de Montevideo y de Buenos Aires.

El teniente Suci no ha podido hacer la bandera, por legítimo impedimento.

Lo único que he encontrado en esa recorrida — porque, lo confieso lealmente, algo he encontrado — ha sido un simple soldado ó un soldado simple—como mejor guste—apellidado Juan Bautista Suci, quien, según el documento de la referencia, formaba en la segunda compañía, mandada por el capitán José Marocchetti, y á la cual pertenecía, con el grado de cabo, también el señor Pedro Viglione.

Me doy perfecta cuenta de la importancia que encierra este descubrimiento, y no me disimulo que la aparición de un soldado Suci auténtico compensa satisfactoriamente la ausencia del teniente homónimo, porque el testimonio de los legionarios Cannoniero, Suffiotto y Pinchetti sufre con ello solamente una pequeña rectificación, algo así como una metátesis, y después continúa en pie más sólido que nunca. En efecto, el público imparcial tiene el derecho indiscu-

tible de transferir la paternidad de la bandera, como probablemente se apresurarán á hacerlo los legionarios susodichos, del teniente Suci al soldado Suci, cuya existencia parece documentar la nómina del señor Pereda, y la demolición de la leyenda no habrá adelantado gran cosa.

Pero es el caso que, no obstante tal documentación, asoman vehementes sospechas de que el soldado Suci tenga algún parentesco con el teniente homónimo, por lo que respecta á su autenticidad, en atención á la circunstancia de que su nombre figura en la categoría de los muertos en el combate de San Antonio, y, á pesar de que semejante particularidad haya sido establecida, sin duda, con el poderoso auxilio del legionario sobreviviente señor Viglione, camarada del difunto, el soldado Suci no aparece en la lista de los legionarios muertos en la jornada del 8 de Febrero de 1846 que obra en mi poder y que se halla consignada en el Diario inédito de la Legión italiana.

Con ésta van tres veces que, en el curso de los presentes artículos, yo cito tal documento informativo, verdaderamente precioso y, por fin, ha llegado el momento oportuno de decir algo á su respecto.

El General Garibaldi, en la página 167 de sus *Memorie autobiografiche*, escribe acerca de la jornada de San Antonio: «Los nombres de los valientes, muertos ó heridos en el conflicto glorioso, existen en el diario de la Legión tenido por Anzani,» y, cuando en 1848 Garibaldi se embarcó con un grupo de sus compañeros para Italia, ese diario fué entregado por Anzani al doctor Bartolomé Odicini.

Pues bien: cada vez que yo menciono el Diario inédito de la Legión italiana, me refiero precisamente á ese mismo documento citado por el General Garibaldi en sus *Memorie autobiografiche*, y que la gentilísima familia del doctor Odicini ha tenido la gran deferencia de poner á mi disposición, conjuntamente con otros autógrafos, como dije en uno de mis artículos anteriores.

La sola mención de fuente tan autorizada basta para conferir autenticidad absoluta á lo que voy á exponer en seguida.

El señor Pereda, pues, da en su folleto la siguiente lista de legionarios muertos en el combate de San Antonio, incluyendo, como se verá, al soldado Juan Bautista Suci:

1 Juan Sufo, 2 Bernardo Demarini, 3 Juan Sasso, 4 Juan Pittaluga, 5 Alejandro Gabani, 6 José Acevero, 7 Antonio Fregata, 8 Luis Russi, 9 Antonio Antonelli, 10 José Gnicco, 11 José Dossio, 12 Juan Bautista Biosa, 13 Luis Torterolo, 14 José Calvi, 15 Joaquín Sarabia, 16 Francisco Larrocchia, 17 Jacobo Russi, 18 Luis Sckinca, 19 Policarpo Sighigno, 20 Juan Bautista Dagnino, 21 Antonio Carlone, 22 Antonio Disondro, 23 Moliné, 24 Juan Pedro, 25 Juan Peluto, 26 Luis Soto, 27 José Carbone, 28 Juan Revella, 29 Juan Pesaro, 30 Juan Bautista Suci, 31 Juan Mazaroldi, 32 Francisco Fontana, 33 José Piovano, 34 Luis Venzano, 35 Libertini Pérez 1.°, 36 Antonio Osalino, 37 Scavino, 38 Antonio Felipe, 39 Juan Rebagliatti.

Por de pronto, lo que salta á la vista *prima facie*, al hojear semejante lista, es el número de muertos

que el señor Pereda atribuye á la Legión italiana en aquel combate, cuando es perfectamente sabido que Garibaldi en su parte al Ministro de la Guerra, de fecha Febrero 10 de 1846, dice, aunque con alguna impropiedad: «La Legión tuvo 30 muertos y 53 heridos;» y el coronel Bernardino Báez, expresándose con mayor exactitud, manifiesta en su parte de igual fecha, al Brigadier General don Anacleto Medina: «El coronel Garibaldi dejó sólo treinta individuos de tropa muertos.»—Observo la impropiedad de la dicción de Garibaldi, por cuanto no todos los muertos en el combate de San Antonio pertenecían á la Legión, desde que cayeron también algunos de la caballería á órdenes de Báez, y especialmente de su escolta de lanceros, formada por 36 muchachos de pocos años.

De paso, vale también la pena de apuntar, en obsequio á la delicadeza de las cuestiones históricas, invocada en la página 255 de su folleto por el señor Pereda, que esa nómina arroja un total de 37 heridos, cuando el ya citado parte del General Garibaldi fija tales bajas en 53, número ratificado completamente por todas las fuentes autorizadas de información á las cuales he creído de mi deber acudir para el control correspondiente.

Volviendo ahora á la lista de los muertos en el combate de San Antonio, el General Garibaldi, después de mencionar á algunos de los legionarios caídos en los varios combates, dice, con cierta amargura, en la página 179 de sus *Memorie autobiografiche:* «Hubiera conceptuado un deber sagrado recordar todos los nombres de esos valerosos italianos que

tan bella y venerada hicieron á nuestra patria en aquellas lejanas regiones, y por los que el italiano que desembarca ahora en aquella importantísima parte del Nuevo Mundo es considerado casi ciudadano por los buenos y respetado por los que suelen ver un enemigo en cada extranjero. En el diario de la Legión italiana, tenido por Anzani, y que no sabría encontrar ahora, están, á no dudarlo, consignados los nombres y las hazañas de esos valientes. Yo, consultando mi pobre memoria, he podido recordar algunos, pero el mayor número, seguramente, me es imposible recordarlo.»

Me parece, pues, cumplir un deseo del gran extinto, extractando del Diario inédito de la Legión italiana, y publicando sin mayor demora los nombres de los legionarios muertos en San Antonio, ó de resultas de las heridas recibidas en aquel glorioso combate.

Helos aquí:

1 Sargento **José Calvi**, de 46 años, soltero.
2 Legionario **José Gnecco**, de 23 años, soltero.
3 Legionario **Agustín Dazzo**, de 24 años, soltero.
4 Legionario **Luis Tortarolo**, de 21 años, soltero.
5 Legionario **Juan Bautista Biaggio**, de 23 años, soltero.
6 Legionario **Lorenzo Traverso**, de 25 años, soltero.
7 Legionario **Francisco Rebella**, de 29 años, soltero (1).

(1) Rebella, ligure, valiente soldado, dice Garibaldi en sus *Memorie autobiografiche*, pág. 177.

8 Legionario **Bernardo Demarini,** de 33 años, soltero.

9 Cabo **Juan Zuffo,** de 38 años, soltero (1).

10 Corneta **José Poggi** (a) Scavino 2.º, de 17 años, soltero (2).

11 Legionario **Vicente Pittaluga,** de 39 años, soltero.

12 Legionario **Juan Sasso,** de 33 años, soltero.

13 Legionario **Luis Rossi,** de 29 años, soltero.

14 Legionario **Alejandro Gabani,** de 39 años, casado (3).

(1) Piamontés, valiente. En el principio del combate de San Antonio fué herido de tres balazos que le quebraron las piernas y le desfiguraron la cara. Le ayudé á montar á caballo en la retirada, pero no llegó al Salto. Su cadáver fué hallado al día siguiente en el Uruguay.—Garibaldi, obra citada, pág. 177.

(2) Un clarín joven de apenas quince años, pequeño, grueso, de pelo rojo, quien durante el combate nos había continuamente alentado con los toques de su corneta. Fué herido por un jinete enemigo de varios lanzazos. Entonces, tirar el clarín, desenvainar el facón y abalanzarse sobre el heridor, fué una cosa sola. En balde éste trataba de desasirse empujando el caballo á la disparada; el valeroso clarín, prendido de la pierna derecha de su enemigo, le iba golpeando con furiosas cuchilladas, hasta que le ví abandonar su presa y caer con la cabeza partida de un hachazo. Pero, al mismo tiempo, el jinete rodaba, á su vez, atravesado por una bala de los nuestros, y habiendo examinado su cadáver después del combate, le encontré la pierna desgarrada por numerosas cuchilladas y con la huella de los dientes del jovencito.—*Ricordi*, de Cayetano Sacchi, publicados por José Guerzoni en su *Garibaldi*, pág. 181.

(3) Alejandro Gabani, de Venecia, herido mortalmente en el estómago de un balazo enemigo y persuadido de tener que morir muy pronto, rehusa los auxilios que se le querían prestar y dice, firme en su resolución: «¿Para qué queréis llevarme á lomo de caballo? El lugar que ocuparía yo podéis darlo á otro hermano cuyas heridas dejen esperanza de salvación; de todos modos yo estoy perdido; es mejor que salvéis á un hombre vivo en vez de un cadáver. Sólo os pido que concluyáis con el penoso hilo de vida que todavía me queda; y eso por gracia os lo pido, á fin de que con mis sufrimientos no goce después de vuestra salida el feroz soldado de Oribe.» Gabani no quiso que se le salvara, pero ninguno

15 Legionario **Policarpo Seghigno,** de 23 años, soltero.
16 Legionario **Antonio Berruti,** de 35 años, soltero (1).
17 Legionario **Juan Bautista Bacillo,** de 32 años, soltero.
18 Legionario **José Grillo,** de 37 años, soltero.
19 Legionario **Agustín Ottonello,** de 20 años, soltero.
20 Legionario **Juan Bautista Rebagliati,** de 38 años, soltero.
21 Sargento **Juan Bautista Rodino** (a) Giusta Junga, de 39 años, soltero.
22 Legionario **Antonio Piovano,** de 44 años, casado.
23 Legionario **Luis Venzano,** de 22 años, soltero (2).
24 Legionario **Esteban Assalino,** de 23 años, soltero.
25 Legionario **Carlos Germano,** de 28 años, soltero.
26 Teniente **Bernardino Suárez,** de 30 años, soltero.

Esta lista, como se ve, documenta, en forma no dudosa, la no existencia, entre los muertos, del legio-

de los legionarios tuvo el valor de sustraerlo á la saña del crudelísimo enemigo. Quedó en el campo y, dos días después, los compañeros hallaron su cuerpo mutilado y degollado. — Memorias inéditas del doctor Bartolomé Odicini, que obran en mi poder.

(1) Lígure, fallecido en el Salto de resultas de las heridas recibidas en San Antonio. — Garibaldi, obra citada, página 177.

(2) Lígure, falleció en el Salto por herida recibida en San Antonio. — Garibaldi, obra citada, pág. 177.

nario Juan Bautista Suci y, á la vez, documenta varios otros pequeños errores de números y de nombres en que ha incurrido el señor Pereda, no obstante el poderoso auxilio de los señores Viglione y Servetti.

Después de todo eso, ¿qué garantías documentarias puede exhibir el autor de *Los extranjeros en la Guerra Grande*, las cuales nos obliguen á creer razonablemente en que haya existido un Suci confeccionador de la bandera en cuestión y, por ende, pintor; porque esa enseña, como se sabe, *está formada por una tela pintada de negro, que en el medio tiene el Vesuvio en llamas pintado de rojo?*

Continuaremos en el artículo siguiente.

VIII

He dicho, en los comienzos de esta exposición, que mi propósito es agotar, si es posible, la presente controversia en todas sus faces. Por lo tanto, me conceptúo en el deber de prevenir una objeción que cabe dentro de lo verosímil, y de formular una hipótesis admisible en el vastísimo campo de las suposiciones.

La objeción es la siguiente: Desde el momento que la *Nómina de los expedicionarios de la Legión*, reconstruída y publicada por el señor Pereda, adolece de tantas y tan graves inexactitudes, queda en pie la duda de que, no obstante no figurar en aquel documento, se haya realmente encontrado un te-

niente Suci entre la oficialidad de la Legión italiana que acompañó á Garibaldi en su expedición al Uruguay. Y tal argumentación adquiere mayor consistencia por el hecho de que en esa nómina no se menciona tampoco al valeroso capitán Luis Montaldi, que, á la salida de la expedición, mandaba la cuarta compañía, y á quien Garibaldi envió, el 10 de Octubre de 1845, desde el Hervidero á Montevideo con comunicaciones para el gobierno y con dos goletas apresadas durante la travesía. Omisión de todo punto lamentable, por la circunstancia de que, atacado ese convoy por fuerzas oribistas frente á Paysandú y abandonado por los pocos hombres de caballería que lo custodiaban, Montaldi lo defendió heroicamente, á punto de que los enemigos, admirados de tanto valor, le respetaron la vida y lo tuvieron prisionero hasta que fué rescatado cuando el General Fructuoso Rivera, en Diciembre de 1846, se apoderó de Paysandú. Murió en la defensa de Roma el 30 de Abril de 1849.

Pero el examen cuidadoso así del Diario inédito de la Legión italiana, como de los demás documentos que obran en mi poder, ha arribado á la leal conclusión de que, entre los oficiales pertenecientes á la expedición salida á las 4 p. m. del 27 de Agosto de 1845 del puerto de Montevideo á las órdenes de Garibaldi, no había ningún Suci.

La hipótesis es ésta: Aunque queda probado fehacientemente que tampoco ningún legionario Suci murió en San Antonio, ni de resultas de las heridas recibidas en aquel combate, supongamos que en la segunda compañía, que mandaba el capitán Marroc-

chetti y en la cual formaba también el superviviente señor Pedro Viglione con el grado de cabo, haya existido, como afirma la nómina publicada por el señor Pereda, un soldado de ese apellido.

Perfectamente: admito de mil amores semejante hipótesis y me apresuro á averiguar, sin la menor idea preconcebida, cómo el supuesto Juan Bautista Suci se las compondría para pintar, en el viaje de Montevideo al Salto, la bandera que fué *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio* y que ahora posee el *Círculo Legionarios Garibaldinos*. Ahí tenemos, afortunadamente, al señor Pedro Viglione, que, en su carácter de compañero y de superior jerárquico inmediato, podrá, sin duda, suministrarnos detalles minuciosos, abundantes é interesantísimos. Vamos á ver: ¿Era el tal Suci un pintor de oficio ó un simple aficionado? ¿En qué feliz rincón de la goleta «Maypú», donde iba embarcada la fuerza expedicionaria, encontró el pincel y los colores para pintar la bandera? Y, si no halló á bordo esos elementos indispensables para semejante trabajo, ¿con qué propósito los llevaba en su mochila? ¿Sería quizás con el de tomar algún apunte de lo real para algún cuadro de paisaje ó de carácter militar que tenía proyectado? Trate el excelente señor Viglione de hacer memoria y tenga la bondad de proyectar un poco de luz sobre estos puntos completamente dudosos.

Pero el señor Viglione, cuya deferente amistad no tomará, por cierto, en mala parte la entonación inocentemente retozona de las líneas anteriores, porque sabe el alto aprecio y el vivo cariño que le profesa-

Facsímile de la carta de Garibaldi al d

El autógrafo está escrito en un pliego de sencillísimo papel

r Odicini, de fecha 21 de Agosto de 1855

cartas, con buena tinta, que se conserva de un negro perfecto

mos; el señor Viglione, que es de veras hombre de verdad, ha hecho ya memoria y consignado sinceramente sus recuerdos en un reportaje que publica *L'Italia al Plata* de 26 de Junio último. Pues bien: esos recuerdos excluyen terminantemente que algún Suci, oficial ó soldado, haya intervenido en la confección de la famosa bandera, con lo cual queda definitivamente eliminada la versión que el señor Suffiotto ha creído descubrir en el fondo de su cerebro debilitado por los años, y que los señores Cannoniero y Pinchetti han repetido por simple efecto de sugestión.

En el reportaje aludido, Arturo Pozzilli, frente á la enseña depositada bajo la custodia de la distinguida familia Fiorito, pregunta: «¿Quién pintó la bandera?» y el señor Viglione contesta: «Fué cierto Rossi, apodado *Bellinum*. Aquí la señora debe poseer dos cuadritos del mismo pintor.»

Y digo definitivamente, porque si hubiese existido en la segunda compañía de la fuerza expedicionaria un soldado Juan Bautista Suci, confeccionador de la famosa bandera, el de los supervivientes de la Guerra Grande que, en buena lógica, debiera recordar mejor el hecho, sería, sin la menor disputa, el señor Viglione, cabo de esa misma compañía.

Por tanto, he cumplido, creo que satisfactoriamente, la promesa formulada al finalizar el artículo VI, de que *demostraría, en forma no dudosa y documentada, que el teniente Suci no puede haber hecho la bandera de la cual se trata*. Además, he probado que tampoco puede atribuirse tal paternidad al soldado homónimo que figura en la lista de

los expedicionarios publicada por el señor Pereda.

Á guisa de complemento, podría ahora seguir la nueva pista que, acerca del supuesto autor de la enseña cuya autenticidad se debate, indica el señor Viglione, tanto más que poseo buenos informes relativos á la persona mencionada, la cual, durante la Guerra Grande, hizo numerosos retratos de Garibaldi, de Anzani y de varios oficiales de la Legión italiana. Uno de tales retratos de Anzani fué regalado por mi amigo el ex garibaldino Francisco Carlesi á Ricciotti Garibaldi, cuando, años atrás, ese general estuvo de paso en Montevideo.

Pero, teniendo abierto por delante el amplio y cómodo camino real que conduce á la constancia de que en el combate de San Antonio no ha tremolado ninguna bandera de la Legión italiana, considero ocioso desviarme por las sendas transversales, cuyo recorrido, por otro concepto, me obligaría á extender, excesivamente y sin mayor provecho para la completa dilucidación del punto controvertido, esta rápida monografía.

Reanudando, pues, el análisis crítico interrumpido por la anterior incidencia, considero conveniente, antes de abordar la parte documentaria de eficacia decisiva, exponer algunas razones que, aunque de simple carácter inductivo, contraponen la fuerza poderosa de la lógica á las aseveraciones del señor Pereda y al testimonio de sus informantes, cuya validez queda ya bastante malparada con las rectificaciones que he venido acumulando.

En primer término, observo que, en la maltrecha *Nómina de los expedicionarios de la Legión*, el te-

niente Cayetano Sacchi figura entre los oficiales que estaban al frente de la primera compañía, mandada por el capitán Francisco Cassana; ubicación que, conforme á la práctica militar corriente, parece contradecir al aserto de que el teniente Sacchi haya sido, durante la expedición, portabandera de la hipotética enseña de San Antonio. Porque ningún portabandera tiene mando de fuerzas y, en cambio, suele pertenecer á la Mayoría. De todos modos, si hubiese existido la enseña de que se trata, y ella hubiese sido confiada al teniente Sacchi, no cabe la menor duda de que el nombre de este valiente oficial hubiera figurado en las listas, que el señor Pereda ha compulsado en el archivo del Estado Mayor, con la calificación de abanderado, como figuraba antes de que la fuerza destacada á órdenes de Garibaldi dejara en Montevideo la bandera de la Legión conjuntamente con el grueso del cuerpo.

En segundo lugar, llamo la atención de los lectores imparciales sobre el hecho, muy significativo, por cierto, de que ni Garibaldi ni Sacchi, al relatar la jornada de San Antonio, aquél en sus *Memorie autobiografiche* (páginas 160 y siguientes), éste en sus *Ricordi*, cuyo pasaje pertinente á la hazaña del 8 de Febrero de 1846 ha sido publicado por José Guerzoni en *Garibaldi* (páginas 178 y siguientes del tomo I), nada, absolutamente nada, digan de la supuesta bandera. Al contrario: varios detalles de esos dos relatos—como, por ejemplo, el de que los oficiales se armaron de fusiles encontrados sobre los cadáveres enemigos, y el otro de que Sacchi fué herido gravemente en una pierna, herida que, todavía

después de regresado á Italia conjuntamente con Garibaldi, le obligó á guardar cama en su nativa Pavía, mientras en la cercana Milán su jefe organizaba apresuradamente los voluntarios cuyo mando acababa de confiarle el Gobierno Provisional—parecen excluir la presencia de cualquier bandera; pues, de otro modo, tales circunstancias hubieran proporcionado evidente oportunidad de mencionarla. Y ese silencio—si en San Antonio hubiese realmente tremolado la enseña que se dice confiada á Sacchi—sería inconcebible especialmente de parte del abanderado, quien, por muy modesto y muy lacónico que fuera, hubiera, á no dudarlo, dedicado alguno de los copiosos pormenores, con que relata la heroica hazaña, á consignar, cuando menos, que, no obstante las trágicas angustias del combate tan desigual y de la penosísima retirada, él, aunque gravemente herido, regresó al Salto con la bandera. Argüir de otro modo, significaría tener un muy incompleto conocimiento del corazón humano.

Por fin, aun admitiendo la innocua hipótesis de que los expedicionarios tuviesen la bandera actualmente custodiada por la familia Fiorito—digo innocua, porque en seguida disiparé lo que todavía quede de la leyenda, empleando para ello la palabra y la firma del General Garibaldi, ante cuyo decisivo testimonio tendrán que acallarse las últimas recalcitrancias—observo que la forma en la cual ocurrió el acontecimiento del 8 de Febrero de 1846, autoriza para deducir fundadamente que la supuesta enseña, en el caso de existir, no hubiera salido ese día del Salto. Porque Garibaldi acompañó al coronel Báez

con 184 de sus legionarios, al encuentro del General Medina, sin adoptar ninguna de las medidas que corresponden en previsión de un combate, y sin solemnidad de parada militar: iba sencillamente como solía hacerlo á diario, ora para abastecer á la plaza de ganado, ora para batir á las guerrillas enemigas que se aproximaban con excesiva osadía, y ora para facilitar la incorporación de elementos adictos á la causa del partido colorado. Sus legionarios llevaban en la canana solamente dos paquetes de cartuchos—como dice el doctor Bartolomé Odicini en el relato inédito del combate de San Antonio, que obra en mi poder. Y la ausencia de todo aparato bélico y de revista militar queda todavía más evidenciada por la correspondencia del Salto, de fecha 19 de Febrero de 1846, aparecida en el número 4 de *Il Legionario Italiano*, que á la sazón publicaba en Montevideo el meritorio patriota Juan Bautista Cuneo y que también obra en mi poder—correspondencia en la cual se lee: «Esta salida fué hecha como un paseo militar más bien que con la idea de ir á pelear; tan es así que Garibaldi no llevó consigo ni sus pistolas.»

Por otro lado, la consideración anterior resulta plenamente corroborada por una carta del coronel Susini, quien asumió el mando de la Legión italiana después de la partida de Garibaldi y Anzani para Italia; carta fechada en Buenos Aires el 29 de Octubre de 1886 y que el ex legionario y actual comandante Manuel Echevarría exhibió recientemente á Arturo Pozzilli, quien, en *L'Italia al Plata* del 30 de Junio último, dice al respecto: «La carta comienza deplorando las escisiones que existían entre los le-

gionarios y los garibaldinos, contiene nobilísimas palabras de concordia, recuerda las virtudes supremas del Jefe, luego continúa: *En cuanto á la expedición del 45 al Uruguay, la Legión no llevó bandera alguna. La única bandera que nos cubría era la oriental que enarbolamos en nuestros buques de guerra orientales. En los campos de San Antonio no se llevó bandera alguna y jamás he oído decir, tanto de Garibaldi como de Anzani, que se haya hecho uso de tal bandera.* Sigue después el coronel Susini observando que la batalla de San Antonio ocurrió, no por táctica preparada de antemano, sino por una de esas sorpresas no difíciles en la guerra, y que las tropas que tomaron parte en la jornada iban en exploración, y por lo tanto sin bandera.»

En el artículo IX, número auspiciosamente cabalístico, irá el testimonio decisivo anunciado más arriba.

IX

Como se verá, la publicación de los documentos inéditos que disipan por completo los últimos girones de la leyenda relativa á la bandera de San Antonio, — girones flotantes aún en el ambiente intelectual, como flotan en el aire los últimos flecos de la niebla matutina ya próximos á ser desvanecidos por la luz solar, — coincide con la segunda etapa de mi exposición pertinente á la enseña entregada á la Legión italiana el 15 de Marzo de 1846, como pre-

mio de la *hazaña realizada el 8 de Febrero á las órdenes de Garibaldi* y en cumplimiento del decreto respectivo.

Por lo demás, que aún floten semejantes girones acaba de demostrarlo bien claro el señor Pereda, dando á luz el nuevo artículo aparecido en *El Siglo* de fecha 5 del corriente, y en el cual se lee este pasaje, que evidencia á luz meridiana la imperturbable firmeza de las convicciones arraigadas en el autor de *Los extranjeros en la Guerra Grande*: «Á los que niegan, escudados en simples conjeturas, que haya existido tal bandera, si no hubiese pruebas concluyentes como las muchas que hemos ofrecido, bastaría recordarles que yendo el jefe de la Legión al frente de los denodados defensores de las instituciones que le acompañaron á su larga y arriesgada excursión al alto Uruguay, no es posible suponer que no llevase enseña alguna de combate.»

La expresión *escudados en simples conjeturas*, emitida á la presente altura de mi exposición, me obliga á dedicar un pequeño y rápido *intermezzo* á tal artículo, que quiero suponer el señor Pereda habrá escrito en un mal momento de irreflexión, porque la justificada extrañeza que me causó el ver compendiada en un libro y en forma unilateral la polémica periodística que sostuve con él en 1896, no ha menoscabado mínimamente el aprecio que me merecen las dotes morales é intelectuales del señor diputado por Paysandú.

Excuso refutar la novísima argumentación encornisada en el pasaje transcripto, la cual, desde el punto de visto dialéctico, me causa una impresión

tan rara, que sólo despierta en mi memoria estos dos versos de *La secchia rapita:*

> «E il poverin, che non se n'era accorto,
> Andava combattendo ed era morto,»

y dejo que los lectores imparciales juzguen á sus anchas acerca de la validez de las *muchas pruebas concluyentes ofrecidas* por el autor de *Los extranjeros en la Guerra Grande.*

En cambio, conceptúo obligatorio resumir las demás partes del artículo mencionado, porque el simple hecho de referirse á la bandera de San Antonio confiere á esa publicación el bien saneado derecho de ocupar un lugarcito en la presente monografía-polémica.

He aquí el tal resumen:

En las demás partes de su artículo, el señor Pereda, practicando quizás excesivamente el aforismo latino *repetita juvant* y, en consecuencia, descuidando el correlativo antitético *variata placent*, relata detalladamente, por tercera ó cuarta vez, las ceremonias efectuadas el 2 de Julio de 1843 y el 15 de Marzo de 1846, al entregar á la Legión italiana la bandera primitiva y la bandera decorada con la consabida inscripción. Tan detalladamente, que reproduce parte de la alocución ya aparecida en *Los extranjeros en la Guerra Grande* y pronunciada en el acto del 2 de Julio de 1843 por el señor Luis Missaglia—mención solemne y reiterada que el estudio concienzudo del período de la Defensa no justifica, ni mucho menos, por cuanto el tal Missaglia resultó muy luego un simple fanfarrón, como, de

paso, consigno en la obrita que estoy escribiendo acerca de la actuación de Garibaldi en el Uruguay. Después nos obsequia con una metamorfosis sexual, en virtud de la que la señora Jessie Withe, viuda del ilustre patriota Alberto Mario y benemérita de la independencia italiana, resulta transformada en un *Mario mal informado, que incurre en un error garrafal diciendo*, etc.,—y también con la siguiente peregrina argumentación probatoria de que en San Antonio hubo bandera: «Conviene que se tenga en cuenta que en un grabado alegórico que inserta Mario en la página 89 de su obra y que tiene al pie estas palabras: *La battaglia di Sant'Antonio, vinta l'8 Febbraio 1846 dalla Legione italiana di Montevideo, sotto Garibaldi*, aparece una bandera, si bien pintada á capricho.» Argumentación la cual, á todas luces, hace *pendant* con la que he calificado de *novísima*, pues, con arreglo á ella, los europeos, por ejemplo, tendrían razón de afirmar que los uruguayos gastan taparrabo y plumas en la cabeza, por el hecho de que, años atrás, una revista del viejo continente exhibió, en un grabado, á los actuales habitantes de este país en el figurín que gastaban los Charrúas primitivos.

Por último, el señor Pereda atesora las palabras que se atribuyen á Edmundo De Amicis en su visita á Montevideo. Pero de ello me ocuparé debidamente cuando llegue el momento de examinar todo lo que respecta á la forma en que la enseña del *Círculo Legionarios Garibaldinos* ha venido á poder de la familia Fiorito.

Y cierro el *intermezzo*, porque lo de *simples con-*

jeturas me aguijonea para que no demore un instante más la publicación de los documentos inéditos anunciados.

En el artículo IV dije que más adelante probaría fehacientemente cómo la bandera — entregada el 15 de Marzo de 1846 á la Legión italiana, depositada por ésta en el Fuerte de Gobierno después de estipularse la paz del 8 de Octubre de 1851 y retirada por el doctor Bartolomé Odicini á fines del Gobierno del inmaculado patriota Joaquín Suárez, en virtud de la petición que publiqué en el mismo artículo IV — fué pedida en 1855 por el General Garibaldi y enviada el año siguiente al vencedor de San Antonio, quien la recibió para depositarla oportunamente en Roma.

Pues bien: he aquí cómo pasaron las cosas:

En los comienzos de 1855, el coronel Susini y el capitán Cassana que, después de ser disuelta la Legión, habían continuado permaneciendo en Montevideo, hicieron un viaje á Italia, y en tal ocasión visitaron al General Garibaldi. Como era natural, Garibaldi les preguntó por los antiguos compañeros de armas quedados en el Uruguay, y luego quiso ser enterado del destino que había tenido la bandera entregada á la Legión el 15 de Marzo de 1846 como premio por la hazaña de San Antonio. Entonces los visitantes le refirieron detalladamente cómo aquella enseña se encontraba bajo la custodia del doctor Bartolomé Odicini.

Debido á esa conversación, al poco tiempo de haberse Susini y Cassana embarcado de regreso para Montevideo, Garibaldi escribió al doctor Odicini la

siguiente carta, que publico advirtiendo que Cayetano Sacchi había vuelto de Italia después de los reveses sufridos por la causa de la independencia de su patria en 1849, y que el *Angelo*, mencionado por el General, es el legionario Ángel Pigurina, quien formó en el grupo salido la noche del 14 al 15 de Abril de 1848 á bordo de la «Speranza»:

«Genova 21 Agosto 1855.

«Caro Odicini

«Dagli ufficiali nostri Suzini e Casana seppi trovarsi in vostro potere la bandiera di S. Antonio, e desiderare voi una richiesta mia per mandarmela; vogliate dunque dirigerla in Nizza all''avvocato Augusto Garibaldi, o se meglio vi sembra incaricatene l'amico comune Giacomo Antonini per inviarla allo stesso indirizzo. Vi prego di dire a Suzini, Sacchi, Casana, Angelo che non scrivo loro per non poterlo per ora; ma che lo farò al più presto. Vogliate salutarmi tutti ed i miei rispetti alla vostra signora.

«Sono intanto vostro.

«*G. Garibaldi.*

«Dottore Bartolomeo Odicini, Direttore dall'Ospedale Italiano Montevideo.»

Como se ve, el glorioso jefe de la Legión, informado por el coronel Antonio Susini, que lo reemplazó en el mando á su salida de Montevideo, y por el capitán Francisco Cassana, que tuvo en el combate del 8 de Febrero de 1846 parte principalísima al frente de la primera compañía, de que la enseña

con la cual el Gobierno de la Defensa premió aquella hazaña se hallaba en poder del doctor Odicini, la pide á su custodio, llamándola *la bandera de San Antonio.*

¿Y por qué? Porque en la memorable jornada — contrariamente á lo aseverado por el señor Pereda y al testimonio de los señores Bardino y Viglione — no ha tremolado ninguna bandera de la Legión, y la única enseña que merece tal calificativo es la entregada el 15 de Marzo de 1846, en su carácter de premio por aquel heroísmo y atento á la consabida inscripción que la decora:

HAZAÑA DEL 8 FEBRERO DE 1846
REALIZADA POR LA LEGIÓN ITALIANA
Á LAS ÓRDENES DE GARIBALDI

Regresados entretanto á Montevideo, el coronel Susini y el capitán Cassana comunicaron al doctor Odicini la conversación tenida con Garibaldi acerca de la bandera y el deseo manifestado por éste de que la gloriosa reliquia le fuera remitida, por cuya razón el doctor Odicini se apresuró á escribir al vencedor de San Antonio, antes de recibir la carta anterior, dándole cuenta de la petición en virtud de la cual el Gobierno había devuelto esa enseña para ser ofrecida al Municipio de Génova, y encareciéndole, para su descargo, el envío de un recibo.

Entonces Garibaldi contestó con esta otra carta, en la cual se consigna la resolución de depositar la bandera de San Antonio en Roma, en vez de ofrecerla al Municipio de Génova:

«Genova 22 Settembre 1855.

«Caro Odicini

«Già vi scrissi circa alla bandiera nostra di S. Antonio e vi chiesi d'inviarmela per esserne depositario. Aggiungo una ricevuta della stessa (secondo mi chiedete). Io vi ringrazio, in nome dell'intiera Legione Italiana, della cura e custodia avuta del sacro stendardo. Io mi propongo di depositarlo in Roma accanto alle glorie del nostro paese.

«Sono vostro

G. Garibaldi.»

El recibo, remitido al doctor Odicini conjuntamente con esta carta, está concebido en los siguientes términos:

«Genova 22 Settembre 1855.

«Ho ricevuto dal Dre. Bartolomeo Odicini la bandiera di S. Antonio.

«*G. Garibaldi.*»

Como en aquellos días el capitán Cassana tuviese el propósito de efectuar un nuevo viaje á Génova, el doctor Odicini se puso de acuerdo con él para que tomara á su cargo la conducción de la bandera y su entrega al General Garibaldi. De ahí que se demorara ese envío hasta el año siguiente, en el cual, habiendo Cassana desistido de su propósito, se efectuó la remesa, á fines de Febrero, por intermedio del señor Santiago Antonini.

Los documentos inéditos que acabo de exhibir —ante los cuales no dudo que los legionarios señores Viglione, Pinchetti, Suffiotto, Cannoniero y Bardino harán el saludo militar que corresponde, al oir la querida voz de su antiguo jefe—desvanecen completamente los últimos girones de la leyenda, sostenida con tanto tesón por el señor Pereda, y además arrojan las dos siguientes ilaciones:

1.ª Que el General Esteban Canzio está en lo cierto al afirmar, según nos ha comunicado días pasados el telégrafo, que «la legendaria bandera de San Antonio, Garibaldi se la confió á él junto con una carta que dice: *Éstos son los restos gloriosos de la gloriosísima bandera de Montevideo*. En cambio, incurre en un error de detalle al agregar que esa misma bandera, Garibaldi «la trajo á Italia en 1848.»

2.ª Que el General Esteban Canzio, cumpliendo la disposición consignada en la carta de Garibaldi de 22 de Septiembre de 1855, tiene el deber de depositar la bandera de San Antonio en Roma, donde esa gloriosa enseña será documento y símbolo de las vinculaciones que unen indisolublemente el partido colorado uruguayo á la democracia italiana.

En los artículos siguientes me ocuparé de la forma en que la bandera del «Círculo Legionarios Garibaldinos» ha llegado á poder de la familia Fiorito.

X

Aquellos de mis corteses lectores que son completamente ajenos á los estudios de psicología, deben de haber experimentado una sensación desagradable al presenciar el derrumbe del múltiple testimonio prestado por los legionarios señores Bardino, Viglione, Suffiotto, Cannoniero y Pinchetti, ante la palabra concreta y terminante del General Garibaldi. Sin embargo, las conclusiones á que he arribado en el artículo anterior, no autorizan á nadie para dudar ni remotamente de la perfecta buena fe con que han procedido esas venerables reliquias de la Guerra Grande—conforme declaré, en voz bien alta, desde las primeras líneas de la presente exposición.—Y la exactitud de este aserto, el cual, así *a priori*, puede tener apariencia de paradoja, quedará completamente evidenciada con sólo recordar algunos de los fenómenos corrientes en la psicología colectiva—demostración indispensable para luego moverme con entera libertad en el laberinto de la tradición pertinente á la forma en que la bandera del «Círculo Legionarios Garibaldinos» ha llegado á poder de la familia Fiorito.

Voy, pues, á poner en transparencia la base científica en la cual descansa lo aseverado en el artículo I, de que nos hallamos en presencia de un caso de sugestión múltiple, por el estilo de los que han determinado la formación de muchas leyendas épicas y religiosas.

Por de pronto, es cosa que ya no se discute la extrema sugestionabilidad de cualquier agrupación de personas, hasta el punto de ver y sentir lo que no existe, como lo prueba el siguiente ejemplo consignado por la *Revue Scientifique* en su entrega correspondiente al 28 de Octubre de 1899:

«M. Schotton iba á dar una conferencia popular en la Universidad de Wyonning y había preparado previamente una botella llena de agua destilada, envuelta en algodón y encerrada en una cajita. Empezada la conferencia, tras algunos experimentos M. Schotton manifestó que quería darse cuenta de la rapidez con que un olor se difundiría en el aire y rogó á los presentes que levantaran la mano apenas hubiesen advertido ese olor. En seguida destapó la botella y lentamente virtió algunas gotas de agua en el algodón, volviendo la cara para otro lado durante la operación; luego sacó el reloj y esperó el resultado de la experiencia. Explicaba, entretanto, que tenía la absoluta certidumbre de que nadie de los presentes había jamás olfateado el compuesto químico vertido y expresaba la esperanza de que, si el olor parecería extraño y fuerte, no por eso sería desagradable. Al cabo de 15 segundos, la mayor parte de los que estaban en las primeras filas habían ya levantado la mano, y á los 40 segundos el *olor* había sido percibido hasta en el extremo de la sala. Las tres cuartas partes de los presentes declararon que lo advertían. Y todos, sin duda, hubieran sido víctimas de la sugestión, si—al cabo de un minuto—M. Schotton no se hubiese visto en la necesidad de interrumpir la experiencia, porque algunos

Facsímile de la carta de Garibaldi al docto

El autógrafo está escrito en medio pliego del mismo papel de

cini, de fecha 22 de Septiembre de 1855

en que está el anterior, pero se halla un tanto desvanecido

de los que se hallaban en la primera fila manifestaron que el olor les molestaba y quisieron abandonar la sala.»

Tal extrema sugestionabilidad de toda agrupación de personas explica por qué, ante el criterio psicológico, numerosos testimonios múltiples deben, en buena lógica, reducirse á la simple unidad, como dije refiriéndome á las declaraciones de los señores Bardino, Viglione, Suffiotto, Cannoniero y Pinchetti. Tan es así, que Gustavo Le Bon, en su *Psychologie des foules* (Paris, Félix Alcan éditeur, 1899), observa en la página 35: «Los tratados de lógica colocan la unanimidad de los testigos en la categoría de las pruebas más sólidas que se puedan invocar para demostrar la exactitud de un hecho. Pero lo que nosotros sabemos de la psicología colectiva dice que los tratados de lógica deben enteramente rehacerse acerca de este punto.»

Y Scipio Sighele, en su obra *I delitti della folla* (Torino, fratelli Bocca editori, 1902), invalida, también por otra razón, la atendibilidad de los testimonios colectivos, expresándose en la página 167 en los siguientes términos: «Cuando un hecho ha tenido numerosos testigos es más discutido y más discutible que cuando ha tenido un pequeño número de testigos.—Es la experiencia cotidiana que nos lo enseña. Acercaos á una agrupación cualquiera que se haya formado en una calle ó en una plaza; preguntad qué es lo que ha ocurrido y podéis estar seguros de recibir tantas contestaciones diferentes cuantas son las personas interrogadas. Es probable que nadie querrá mentir conscientemente, pero lo

cierto es que todos—inconscientemente—olvidarán ó exagerarán lo que han visto ó han creído ver. — ¿Qué fe podremos, por lo tanto, prestar á los testigos de este género?»

Ahora bien: reducido el testimonio múltiple á la simple unidad, con arreglo al criterio psicológico indicado, es evidente que, si esa fuente de información adultera inconscientemente la verdad ó por mala memoria, ó por alucinación, ó por otras causas análogas, tal errónea versión es repetida casi fonográficamente por los demás miembros de la colectividad sugestionada, dentro de la más impecable buena fe—como el eco múltiple repite fielmente la misma voz desafinada.

En el caso de la bandera de San Antonio, obsérvese el eslabonamiento de los cinco testimonios y la sucesión de las fechas respectivas; téngase presente el carácter de casi *meneur*, como dicen los psicólogos franceses, que las calidades de presidente del *Círculo Legionarios Garibaldinos*, de más joven y de más instruído en su colectividad confieren al señor Bardino, y la armazón de la leyenda se transparentará diáfanamente como el esqueleto de una mano iluminada por los rayos Rontgen.

El punto de partida de semejantes casos, observa Gustavo Le Bon (obra citada, página 33), «es siempre la ilusión causada á un individuo por reminiscencias más ó menos vagas, luego el contagio *(entre la colectividad)* por vía de afirmación de esa ilusión primitiva.»

Y, como ejemplo clásico de la sugestión colectiva, la cual, á consecuencia de la adulteración que encie-

rra el testimonio originario, determina un testimonio múltiple absolutamente falso, dentro de la más completa buena fe, Scipio Sighele recuerda, en la obra mencionada, cómo «los hermanos Goncourt refieren en su diario que, durante la guerra de 1870 en París, algunos centenares de personas, estacionadas frente al palacio de la Bolsa, estaban persuadidas de haber leído —leído con sus propios ojos— un telegrama el cual hablaba de una victoria francesa, mientras el telegrama, naturalmente.... no había jamás existido.»

En comparación con este hecho, curioso, por cierto, pero nada raro, pues aquí en Montevideo estamos presenciando, con motivo de la actual revuelta saravista, hechos análogos casi diarios, ¿qué extrañeza puede causar el asunto de la bandera de San Antonio, el cual se refiere á un acontecimiento ocurrido hace más de 58 años, y cuando los testimonios respectivos proceden de personas debilitadas por la vejez?

Como cita final, que no dejará la menor duda acerca de la exactitud con la cual el caso examinado se ajusta perfectamente á esta teoría psicológica, he aquí otros trozos de la citada obra de Gustavo Le Bon, trozos que pueden leerse en el francés original en las páginas 29, 30 y 35:

«Las observaciones colectivas son las más erróneas de todas y muy á menudo representan simplemente la ilusión de un individuo que, por vía de contagio, ha sugestionado á los demás. Se podrían multiplicar á lo infinito los hechos probatorios de que se debe tener la más completa desconfianza del

testimonio colectivo. — En un libro reciente, el general inglés Wolseley ha probado que se había incurrido hasta ahora en los errores más garrafales acerca de los detalles más importantes de la batalla de Waterloo, detalles que centenares de testigos habían, entretanto, afirmado.

«La creación de las leyendas no es determinada solamente por una credulidad completa. Lo es también por la deformación prodigiosa que sufren los sucesos en la imaginación colectiva. La primera deformación, percibida por uno de los individuos de la colectividad, es el núcleo de la sugestión contagiosa. Antes de aparecer en los muros de Jerusalén á todos los cruzados, San Jorge no fué ciertamente percibido más que por uno de los presentes. Por vía de sugestión y de contagio, el milagro señalado por uno solo fué inmediatamente aceptado por todos.

«Éste es siempre el mecanismo de tales alucinaciones colectivas, tan frecuentes en la historia y que parecen tener todos los caracteres clásicos de la autenticidad.»

Por último, es oportuno recordar que la presente creación fantástica de una bandera, la cual jamás ha existido, es cosa bien pequeña comparada con la multiplicación — dicho sea con el respeto debido á las creencias ajenas — de ciertas reliquias veneradas por los católicos, á cuyo respecto una prolija estadística arriba á la conclusión de que existen en la cristiandad enteras decenas de brazos, de piernas y hasta de cabezas atribuídas, con absoluta buena fe, al mismísimo santo.

Evidenciada así la insospechable corrección de

los legionarios señores Viglione, Suffiotto, Pinchetti, Cannoniero y Bardino, abordaré libremente el análisis del último punto de la cuestión que queda aún por examinar.

XI

La forma en que la bandera del «Círculo Legionarios Garibaldinos» pasó á poder de la familia Fiorito, envolviendo sus pliegues negros en la cristalización irisada de la leyenda épica, ha sido referida por el señor Pereda en *Los extranjeros en la Guerra Grande* del siguiente modo: «En cuanto á la bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio, al ser desarmada la Legión, el comandante Luis Bottaro se hizo cargo de ella.—Un 8 de Febrero, conmemorando tan glorioso aniversario en el *Jardín de Julio* (Ejido, entre Miguelete y Orillas del Plata), manifestó que como él no era de los que se habían encontrado en dicha acción, creía conveniente y justo que esa reliquia histórica fuese depositada en manos de alguno de los oficiales que acompañaron á su inolvidable jefe en el referido combate, y entre otros merecedores de esa distinción, indicó al capitán don Francisco Fiorito.—Su observación fué favorablemente acogida, y desde entonces el capitán Fiorito se recibió de ese valioso sagrario.—El 8 de Febrero de 1854 hizo entrega de ella el comandante Bottaro, y una comisión, compuesta del teniente Berrizo, un sargento, un cabo y un soldado, la condujo al domicilio del capitán Fio-

rito.—En un viaje que éste hizo á su patria, visitó á Garibaldi en la isla de Caprera.—El héroe preguntó por la bandera, y sabiendo que él la tenía en su poder, manifestó ser su voluntad que con ella se cubriese el féretro de los legionarios que fallecieran en Montevideo, y que el último sobreviviente, estando en peligro de muerte, la donase al Museo Nacional. — Fallecido Garibaldi el 2 de Junio de 1882, se fundó inmediatamente, ese mismo año, la sociedad *Círculo Legionario Garibaldino*, con el propósito de honrar todos los años su memoria al evocar el 8 de Febrero de 1846.—Constituída dicha sociedad, se resolvió dejar la bandera al solícito cuidado de la viuda del capitán Fiorito, pues éste la había tenido durante más de 30 años.—Por consiguiente, es ella quien la conserva, pero á disposición del *Círculo Legionario Garibaldino*, que la luce con justo orgullo en todas sus fiestas anuales.»

Al relatar semejante tradición, el señor Pereda ha reflejado sencillamente, como un buen espejo, la alucinación colectiva de los supervivientes de la Guerra Grande que le suministraron los datos respectivos—según resulta también de la manifestación hecha por el presidente del «Círculo Legionarios Garibaldinos» en la carta publicada por *El Siglo* del 11 de Enero de 1896.

He aquí cómo se expresó entonces el señor Antonio Bardino: «Esa bandera *(la construída en viaje de Montevideo al Salto)* quedó en poder del comandante Bottaro cuando Garibaldi se trasladó á Italia, hasta que—y según la afirmación verídica del señor Pereda—en un viaje que hicieron á Caprera el

capitán Fiorito y el que estas líneas escribe, hablándole al General Garibaldi de los que aún sobrevivían de su gloriosa Legión, preguntó con empeño por *la bandera de San Antonio*; como le manifestáramos que se hallaba en poder de Fiorito, le expresó sus deseos de que no saliera de su poder mientras viviera, y que después fuera transfiriéndose de uno á uno á los soldados de la Legión, pero en propiedad del núcleo; hasta que quedase uno solo, fallecido el cual, pasaría *ese recuerdo de sus escasos méritos* en América (textual), al Museo Nacional de Montevideo.»

En otro pasaje de su libro, el señor Pereda agrega que los señores Fiorito y Bardino visitaron en Caprera al General Garibaldi en 1878; con lo cual tenemos completa en todos sus detalles la versión que voy á examinar en seguida.

Si no me equivoco, el modo más prudente y más acertado de encarar el punto es éste: La familia Fiorito posee positivamente una enseña, que Arturo Pozzilli, en *L'Italia al Plata* de fecha 26 de Junio último—conviene repetirlo—describe así: «Está formada por una burda tela pintada de negro. En el medio tiene el Vesuvio en llamas, originariamente rojo.—Digo originariamente: porque el tiempo ha desteñido en mucho el color, al punto de que el rojo se ha tornado amarillento y anaranjado. Tiene, en resumen, aquellos matices que sólo el tiempo, magistral y originalísimo artista, posee en su paleta. La bandera es larga un metro y 75 cents. y es ancha un metro y 25 cents. La parte superior está remendada. Además lleva una inscripción en la ex-

tremidad superior é inferior. Ella reza: *Hazaña del 8 de Febrero de 1846 realizada por la Legión italiana á las órdenes de Garibaldi.*» ¿De dónde procede realmente esa enseña?

Una vez demostrado, como he hecho, que los expedicionarios al Uruguay no tuvieron la bandera que se decía, es evidente que su procedencia no se puede ubicar en aquella expedición. Ella no ha sido *construída* por ningún Suci, ni ha sido *bautizada con el humo de la pólvora en San Antonio.* De otro modo, el Gobierno de la Defensa, que dió al combate del 8 de Febrero de 1846 la consabida resonancia, se hubiera apresurado á depositarla en el Fuerte de Gobierno, como una reliquia gloriosa, una vez regresado Garibaldi del Salto y una vez reemplazada la enseña de la Legión por la entregada el 15 de Marzo de 1846. Además Garibaldi, que, no obstante su notorio laconismo parsimonioso, escribió á la Comisión de la Legión italiana dos días después de San Antonio: «Hoy no daría mi nombre de legionario italiano por un mundo de oro.—¡Oh! es un combate que merece ser grabado en el bronce,» la hubiera colocado en la merecida evidencia, anteponiéndola, aunque de burda tela, á la rica bandera de seda regalada por la esposa del general Rivera.

¿De dónde procede, pues?

El ex legionario y actual comandante don Manuel Echevarría, en el siguiente pasaje de una conversación tenida con Arturo Pozzilli y publicada en *L'Italia al Plata* del 30 de Junio último, le asigna un origen demasiado turbio para ser admitido sin beneficio de inventario: «—Pero ¿cómo ha nacido la

leyenda de la bandera?—De un modo sencillísimo. A raíz de la muerte de Venancio Flores, el capitán Fiorito y Anselmi construyeron una bandera para cierta Legión á crearse y alrededor de ella se formó la leyenda.»—Porque el general Flores fué asesinado el 19 de Febrero de 1868, y la tradición relativa á la enseña custodiada por la familia Fiorito se remonta, con relativa claridad, hasta el 8 de Febrero de 1854, á cuyo respecto el señor Viglione ha manifestado á Arturo Pozzilli, según se lee en *L'Italia al Plata* del 25 de Junio próximo pasado: «En 1854, en una fiesta que en honor de la Legión dió el general Venancio Flores, para entregarnos los diplomas decretados por el gobierno *(se refiere al decreto de 28 de Enero de aquel año)*, fué llevada la bandera de San Antonio y todos la reconocieron por tal.—Terminada la fiesta, el comandante Bottaro propuso que la bandera, con el fin de que fuera bien conservada, se entregase á la familia de un legionario, é indicó la del capitán Fiorito.»

Por lo tanto, mientras el comandante Echevarría no abone con pruebas fehacientes la exactitud de su aserto, permanece en pie la pregunta: ¿De dónde procede la enseña de que se trata?

Y, para contestarla, hasta tanto no aparezca algún documento de carácter decisivo, es forzoso meterse en el terreno de las inducciones basadas en los más seguros antecedentes y formuladas con arreglo á la lógica más severa y más prudente.

Vamos á ver.

Eliminada la parte que, debido á una positiva alucinación colectiva, atribuía á esa enseña la digni-

dad épica de bandera de San Antonio, no existe ningún hecho debidamente controlado que invalide la versión de que el comandante Bottaro entregara la enseña de la referencia el 8 de Febrero de 1854 al capitán Fiorito. Pero ¿qué bandera podía entregar el muy valiente y muy recto comandante Bottaro, á quien Garibaldi confió en 1845 el mando del grueso de la Legión dejado en Montevideo? Constándonos que la enseña de seda recibida por la Legión el 15 de Marzo de 1846 se encontraba en 1854 en poder del doctor Odicini, y demolida la leyenda de la fantástica de San Antonio, hay que arribar necesariamente á la conclusión de que el comandante Bottaro no pudo entregar y no debe de haber entregado otra cosa que la bandera primitiva de la Legión, ó sea la quedada en Montevideo durante la expedición de Garibaldi al Uruguay, ó sea la reemplazada desde el 15 de Marzo de 1846 por la de seda que regaló la esposa del General Rivera. —Y tal conclusión resulta indudablemente robustecida por la circunstancia de que la enseña del 2 de Julio de 1843 debe haberse lógicamente depositado el 15 de Marzo de 1846 en la Mayoría del cuerpo, y nada obsta á la presunción de que más tarde haya sido retirada de allí por el comandante Bottaro. —Del mismo modo, cabe dentro de lo posible y hasta de lo probable, la hipótesis de que la inscripción que ella ostenta haya sido pintada á raíz de promulgarse el decreto de fecha 25 de Febrero de 1846, antes de que se supiera que doña Bernardina Fragoso de Rivera iba á regalar la bandera que efectivamente se entregó á la Legión el 15 de Marzo de 1846.

Con muy poca eficacia, por cierto, militan en contra de esta conclusión tres objeciones: la de que, según lo aseverado por los señores Viglione y Bardino, la bandera de 2 de Julio de 1843 tenía, *en el reverso*, un cráneo superpuesto á dos tibias; la de que, según referencias de los señores Viglione y Suffiotto, esa enseña habría sido regalada á un doctor Pastori; y, por fin, la de que un conjunto de indicios parece autorizar la suposición de que Garibaldi, al salir en 1848 para Italia, se llevara dicha bandera, por supuesto antes de regalarla al nombrado doctor Pastori.

Pero lo consignado en el artículo II excluye la bien rara anomalía de que la primitiva enseña de la Legión tuviese reverso, como las medallas y las monedas; nada documenta el pretendido regalo que se dice hecho al doctor Pastori, cuya filiación merece, en cambio, una investigación aparte; y el hecho de no mencionarse claramente en los diarios italianos de 1848 la presencia de la bandera negra con el Vesuvio, al frente de los legionarios que acompañaron á Garibaldi en su regreso á la península, —bandera que en aquella época tenía muchísimo renombre en Italia, gracias á la intensa repercusión dada por los patriotas á la gloria de San Antonio, — deja muy en el aire la tercera de las objeciones apuntadas.

Por lo contrario, la conclusión deducida de antecedentes perfectamente probados, explica la veneración de que los supervivientes de la Guerra Grande rodean esa burda tela que, con arreglo á tal inducción, habría tremolado en los combates librados por la Legión en los alrededores de Montevideo

desde el 2 de Julio de 1843 hasta el 15 de Marzo de 1846, y parcialmente explica también la versión que da el señor Bardino de la visita hecha al General Garibaldi, conjuntamente con el capitán Fiorito, en 1878. Digo parcialmente, porque es muy creíble que el General haya hablado, en aquella ocasión, de la enseña del 2 de Julio de 1843, si resulta comprobada la anterior hipótesis.

Para mí, no cabe la menor duda de que la parte de esa versión que se refiere á *la bandera de San Antonio* se encuadra en la alucinación colectiva de la cual han sido víctimas también los demás supervivientes de la Legión. Y, en vía complementaria á todo lo ya documentado y argumentado, pueden formularse las siguientes observaciones acerca del trozo epistolar del señor Bardino transcripto en los comienzos del presente artículo, trozo en el cual salta á la vista la deformación que toda persona sugestionada imprime á sus relatos pertinentes al tema eje de su alucinación.

El señor Bardino, en efecto, atribuye al General Garibaldi la manifestación de que deseaba que *la bandera de San Antonio*, después de fallecido el último legionario, pasara al Museo Nacional de Montevideo, y asegura que, al referirse á tal enseña fantástica, el vencedor de San Antonio dijo textualmente: *Ese recuerdo de mis escasos méritos en América*. Pues bien: causan verdadera extrañeza ambos asertos, porque es ilógico que Garibaldi hablara, en Caprera y en 1878, del Museo Nacional, cuando es perfectamente sabido que esta institución

empezó á tener vida autónoma sólo en 1880 (1), pues anteriormente había sido una simple sección de la Biblioteca Nacional, casi inadvertida por la gran mayoría del público montevideano; y porque la frase subrayada como textual está abiertamente en pugna con el modo de pensar y de expresarse de Garibaldi. El tono genuino que le era habitual y que informa así sus *Memorie autobiografiche* como su epistolario, en lo pertinente á su actuación americana, puede escucharse en el siguiente pasaje de la carta (2) con la cual, el 10 de Abril de 1860, contestaba á otra nobilísima que le había dirigido, el 25 de Febrero del mismo año, el austero patriota don Joaquín Suárez, mencionando, entre otras cosas, lo que el Uruguay debía al jefe de la Legión italiana: «Entre sus valerosos conciudadanos — decía Garibaldi — yo he aprendido cómo se pelea al enemigo, cómo se sufren los padecimientos, y, sobre todo, cómo se resiste con constancia en la defensa de la causa sagrada de los pueblos, y á la prepotencia liberticida de los déspotas. — Nada me debe su bella patria; yo hice débilmente mi deber de soldado de la libertad; y soy ufano de mi título de ciudadano de su República.» Jamás Garibaldi ha hablado de sus *méritos*, escasos ó abundantes, y nunca ha podido calificar á una bandera de *recuerdo* de tales *méritos*.

En el siguiente artículo examinaré lo poco que

(1) Su primer Reglamento, debido al señor Pedro E. Bauzá, fué aprobado por el gobierno el 30 de Noviembre de 1880.

(2) El autógrafo se conserva en el Museo Histórico, organizado por el doctor Joaquín de Salterain.

todavía queda por analizar, y cerraré, por fin, esta ya muy extensa exposición.

XII

Lo que todavía queda por analizar es la manifestación que el diputado señor Francisco Fiorito ha hecho á Arturo Pozzilli, y que éste ha publicado en *L'Italia al Plata* del 22 de Junio último. Hela aquí: «Cuando Edmundo De Amicis vino á Montevideo, concurrió á mi casa y quiso ver la bandera de San Antonio. De Amicis me dijo que Garibaldi le había comunicado hallarse en mi casa la bandera de la gloriosa batalla.»

Enunciada en una forma tan perentoria y absoluta, como si la visita del ilustre escritor italiano hubiese ocurrido ayer ó anteayer, semejante declaración, —emitida en momentos en que yo acababa de escribir sólo el primero de los presentes artículos, es decir, cuando el quíntuplo testimonio de los señores Bardino, Viglione, Suffiotto, Cannoniero y Pinchetti se erguía formidablemente como una torre almenada sosteniendo en su cumbre la leyenda de la bandera, —ha tenido que pesar en la opinión de los lectores dotados de escaso espíritu analítico.

Por su parte, el señor Pereda, en cuyo ánimo perduraba hasta hace poco la ofuscación contagiada por sus informantes, la juzgó tan valiosa que no tuvo reparo de esgrimirla triunfalmente en su publicación aparecida en *El Siglo* del 5 del actual, ó sea cuando yo había dado ya á luz el VI de mis

artículos, esbozando las líneas generales y el alcance del plan adoptado. «En cuanto á la bandera de San Antonio—exponía en esa publicación el autor de *Los extranjeros en la Guerra Grande*—un reportaje hecho al diputado señor Fiorito, por el periodista don Arturo Pozzilli, confirma lo que hemos manifestado á su respecto; pues en él se dice que cuando el eximio escritor italiano Edmundo De Amicis estuvo en Montevideo hace algún tiempo, se interesó vivamente por conocer dicha bandera, pues el general Garibaldi le había significado que ella se hallaba en poder de la viuda del capitán Francisco Fiorito, padre del referido representante por Cerro Largo.»

Pero es el caso de recordar que los psicólogos aconsejan, con fundadísimos motivos, la mayor desconfianza ante los testimonios consistentes en versiones orales, transmitidas de una persona á otra, al través de los años, y confiadas al frágil y erróneo vehículo de la memoria — porque tales testimonios están expuestos á innumerables agentes de alteración. Por de pronto, la fuente originaria, ó sea la persona que suministra el dato inicial, puede emplear expresiones anfibológicas ó no suficientemente claras, capaces de determinar en quien escucha, en especial modo si el oyente se halla de antemano orientado por la sugestión en un rumbo determinado, interpretaciones diametralmente opuestas al verdadero sentido de la comunicación. En segundo lugar, la persona que recibe el dato oral está propensa á colaborar en esa información, ya sea ampliándola ó adornándola, conforme á su peculiar idiosincrasia, ó ya adaptándola á su tono psíquico ó armonizán-

dola con los antecedentes que posee ó cree poseer acerca del asunto con el cual aquélla se relaciona—y todo esto con la mayor buena fe, inconscientemente, como suelen hacer los testigos presenciales de los sucesos callejeros, según observa Scipio Sighele en la cita consignada en el artículo x. Por último, el tiempo, que borra las inscripciones grabadas en el bronce de las medallas y en el granito de los monumentos, transforma en vagas y engañosas reminiscencias los recuerdos confiados aun á la retentiva más poderosa.

La vida diaria ofrece á cada momento ejemplos perfectamente caracterizados de la profunda deformación que sufren las informaciones al pasar de una persona á otra, como la luz que, al atravesar medios de diferente refracción, se desvía de su rumbo primitivo y hasta puede asumir dirección absolutamente opuesta á la dirección inicial. Sin ir más lejos, compárese el texto de la manifestación del señor Fiorito, publicada por *L' Italia al Plata*, con el de la reproducción que hace el señor Pereda en *El Siglo* del 5 del actual, y se advertirá de inmediato la tendencia á la ampliación inconsciente,—no obstante tratarse de una información estampada y de presentar el señor Pereda ese dato casi como una simple transcripción.

Siendo así, y después de haber yo publicado los documentos que prueban cómo Garibaldi no pudo de ningún modo haber comunicado á De Amicis que la bandera de San Antonio se hallaba en casa de la familia Fiorito, no cabe la menor duda de que la manifestación del señor diputado por Cerro Largo,

Genova 22 Sett.bre 55

Ho ricevuto dal Dre
Bartolomeo Odicini la
bandiera di S. Antonio

G. Garibaldi

Facsímile del recibo de la bandera, remitido por Garibaldi al doctor Odicini, fecha 22 de Septiembre de 1855

El autógrafo está escrito en un cuarto de pliego del mismo papel de cartas en que están los autógrafos anteriores, y se halla desvanecido como el de 22 de Septiembre de 1855

la cual se refiere á una visita efectuada hace más de 20 años, adolece de una deformación fundamental, debida á los factores arriba enumerados. Porque conociendo, como conozco, la insospechable veracidad de Edmundo De Amicis, cuya nobleza de alma compite en elevación con el vuelo de su bien saneada fama literaria, no admito, ni como hipótesis, la declaración que la vaga y errónea reminiscencia del señor Fiorito le atribuye.

Derribado, en consecuencia, también el último puntal que sostenía la leyenda de la bandera de San Antonio, ha llegado el momento de recapitular, precisando las conclusiones que fluyen incontrovertiblemente de esta monografía. Helas aquí:

1.ª La primitiva bandera de la Legión italiana, ó sea la recibida el 2 de Julio de 1843, era *enteramente negra, con un volcán en el medio*, como afirma, informada presumiblemente por el propio General Garibaldi, la señora Jessie W. Mario en la pág. 83 de su obra *Garibaldi e i suoi tempi*, y como ratifica Guerzoni en la pág. 168, tomo I, de su obra *Garibaldi*. Queda, pues, eliminada la versión de los señores Bardino y Viglione, que atribuye á esa enseña un reverso con un cráneo superpuesto á dos tibias cruzadas; versión la cual probablemente es debida á un error de óptica intelectual, por cuanto los atributos fúnebres de la referencia se hallaban realmente en otra bandera que flameó también durante el período de la Defensa: la bandera negra levantada por el inglés Samuel Benstead, capitán de la guerrilla «Gloria ó muerte», cuya excéntrica é interesante silueta puede verse en la biografía de Garibaldi por

Alejandro Dumas. Y á todo lo dicho acerca de este punto, conviene agregar el recuerdo personal de mis distinguidos amigos los señores Dermidio De-María y Lefèvre, hijo del director del *Patriote français*, que se publicó durante el sitio de Montevideo, y sargento mayor del bravo regimiento de *chasseurs basques*, que constituía el nervio de la Legión francesa. — El señor De-María, á quien interrogué al respecto, valiéndome de las afectuosas vinculaciones de compañerismo que mantengo con él desde cuando trabajaba á su lado en la redacción de *El Siglo*, me manifestó que tanto él como el señor Lefèvre, con quien ha tenido ocasión de conversar acerca del tópico, con motivo de mis publicaciones sobre la bandera de San Antonio, conservan nítidamente el recuerdo de haber visto en varias oportunidades la primitiva bandera de la Legión italiana, y tener la seguridad de que ella no presentaba el cráneo y las tibias mencionados por los señores Bardino y Viglione. Al propio tiempo, el señor De-María observó, muy acertadamente, por cierto, que, si aquella enseña hubiese ostentado semejante símbolo fúnebre, su memoria hubiera quedado perdurablemente impresionada por atributos tan inusitados en una bandera, pues entonces era niño de pocos años, la edad en la cual tales sensaciones son tan vivaces y tan duraderas.

2.ª No existe ninguna prueba fehaciente de que la bandera del 2 de Julio de 1843 haya sido llevada en 1848 por Garibaldi al salir de Montevideo para tomar parte en la guerra de la independencia italiana, y nada obsta á la presunción de que ella sea

la misma que se encuentra en poder de la familia Fiorito. Ni es circunstancia excluyente el hecho de que tal enseña no presente huellas de proyectiles, por cuanto las dos banderas de la Legión francesa, que se conservan en el Museo Nacional, tampoco las ofrecen, como puede verse. La objeción tendría fundamento si se tratase de una enseña desplegada en el combate de San Antonio, atento á las condiciones excepcionalísimas de aquella jornada gloriosa, en que un puñado de héroes peleó durante varias horas rodeado por 1200 enemigos. —Al propio tiempo, es evidente que la identidad de la bandera del «Círculo Legionarios Garibaldinos», en el sentido indicado, no puede conceptuarse establecida satisfactoriamente hasta tanto no se demuestre que la enseña del 2 de Julio de 1843 no fué llevada por Garibaldi á Italia, ni, por consiguiente, fué regalada al doctor Pastori. —Sin embargo, mi impresión personal es completamente favorable á la presunción antedicha, también porque me repugna admitir la exégesis demasiado turbia que indica mi apreciado amigo el comandante don Manuel Echevarría.

3.ª La bandera entregada á la Legión italiana el 15 de Marzo de 1846, como premio de la hazaña realizada en San Antonio por la fuerza destacada á las órdenes de Garibaldi y en cumplimiento del decreto del 25 de Febrero del mismo año, reemplazó desde aquella fecha á la bandera primitiva y, una vez estipulada la paz del 8 de Octubre de 1851, fué depositada en el Fuerte de Gobierno. A fines de la administración de don Joaquín Suárez, el doctor don Bartolomé Odicini, mediante una solicitud firmada

por los oficiales, bajo-oficiales y soldados que pertenecieron á la Legión, gestionó y obtuvo su devolución para ser ofrecida al Municipio de Génova. Por fin, ella fué pedida en 1855 por el General Garibaldi, quien se proponía depositarla en Roma, y el doctor Odicini se la remitió en Febrero de 1856 por intermedio del señor Santiago Antonini. Esa enseña, que Garibaldi denomina en sus cartas y en el recibo enviado al doctor Odicini, bandera de San Antonio, porque constituye el premio discernido á la Legión por el Gobierno de la Defensa con motivo de aquella hazaña, se encuentra actualmente en poder del General Esteban Canzio.

4.ª En el combate del 8 de Febrero de 1846 no hubo ninguna bandera de la Legión italiana, y á este respecto es interesante, para la observación psicológica, lo manifestado recientemente por el señor Pinchetti, en discordancia con la carta remitida por él en 1896 al señor Pereda. Habiéndole Arturo Pozzilli telegrafiado: «Dígame si en San Antonio tremoló bandera negra. Consulte Cannoniero,» ese actor en el combate del 8 de Febrero de 1846 respondió con la siguiente carta, publicada por *L' Italia al Plata* del 6 del actual: «En contestación de su telegrama fecha 29 del corriente, le diré que la Bandera Negra de la Legión Italiana á que usted hace referencia, jamás flameó en San Antonio, como se quiere afirmar erróneamente. — El hecho de que nos acompañara esta nuestra bandera hasta el puerto de Montevideo á los doscientos voluntarios garibaldinos que marchábamos al Salto, entre los cuales el infrascrito, ha hecho suponer, como digo, erróneamente, que ésta

se haya encontrado en San Antonio. No es así, pues quedó cobijando á los Legionarios Garibaldinos al mando del comandante Luis Bottaro, que quedaban en Montevideo.—Para evacuar mejor mi cometido, he consultado á mi compañero de armas y legionario italiano don Nicolás Cannoniero, que está conteste en afirmar lo mismo.»—Como se ve, el señor Pinchetti no menciona en esta carta la enseña que, según la anterior de Enero 18 de 1896, *construyó el teniente Suci y emplearon en toda la campaña*—excluyendo sólo que en San Antonio haya tremolado la Bandera Negra—lo cual parece indicar que dicho superviviente de la Guerra Grande se halla en 1904 libre del contagio sugestivo bajo el cual se encontraba en 1896.

Y desde que el señor Pereda, en su publicación aparecida en *El Siglo* del 5 del actual, ha invocado, como argumento probatorio de su aserto, la circunstancia absolutamente anodina de que en un grabado alegórico de la batalla de San Antonio, que inserta en su obra la señora Jessie W. Mario, *aparece una bandera, si bien pintada á capricho,* me permitiré consignar, á mi vez, pero sin ningún propósito demostrativo y como simple curiosidad, que yo poseo una vieja lámina cromolitografiada por el establecimiento Armanino de Génova y que representa el glorioso combate con bastante fidelidad histórica por lo que respecta á la localidad, á la indumentaria y á la disposición de los combatientes. Pues bien: mientras las fuerzas de Servando Gómez ostentan su enseña, los legionarios no tienen ninguna, y así sus oficiales como Garibaldi, cuyo caballo herido se ve cerca

de la tapera, esgrimen fusiles, peleando como simples soldados. Pero, repito, esto no constituye documento probatorio.

Después de lo cual, mi modesta monografía ha llegado á su término. Al abordarla, yo me propuse interrogar aquel episodio verdaderamente épico de la gloriosa Defensa con la disposición de ánimo que puede sintetizarse con esta frase de Voltaire en la *Histoire de Charles XII*: *« Ayez donc la bonté de me dire la vérité, que j'aime autant que votre gloire »* —y tengo la conciencia de no haberme apartado un solo momento, durante toda mi investigación, de la lealtad á la cual el señor Pereda, en su libro *Los extranjeros en la Guerra Grande*, me acusa gratuitamente de no haberme ajustado, porque no confesé un error en el que — como queda luminosamente probado — no había incurrido. No disimulo la satisfacción que experimento por haber logrado aclarar definitivamente un punto histórico de positivo interés en la actuación americana de mi ilustre connacional, y confieso que esa satisfacción es amargada por el pesar de haber tenido que desvanecer una querida ilusión de mi estimado amigo el señor Viglione y de sus compañeros de armas. Válgame, ante la rectitud de esas reliquias de la Legión italiana, lo impecable de los móviles que me han guiado.

Y, en cuanto al señor Pereda, á quien, en mi carácter de italiano, agradezco efusivamente sus nobles esfuerzos para enaltecer en este país la tradición garibaldina, creo que podrá convenir conmigo en aplicar á la presente controversia la frase con-

sagrada por la paz del 8 de Octubre de 1851 : *ni vencedores ni vencidos*. El único derrotado, y en buena lid, ha sido el error en que se estaba acerca de la existencia de una bandera que cobijara en San Antonio á los defensores de la libertad.

FIN

EL PRODUCTO LÍQUIDO DE ESTA PUBLICACIÓN
SE DESTINA AL FONDO
PARA EL MONUMENTO Á JOSÉ GARIBALDI
EN MONTEVIDEO

40 centésimos en el Uruguay

1 nacional papel en la República Argentina

MONTEVIDEO
Imprenta de Dornaleche y
1904

